



VOCES EN EL VACÍO

A. Montefer

Dedicado a quienes lean mis versos

Esto no es una voz en el vacío;
es un clamor silencioso de voces
que gritan en un mundo sombrío,
donde todos somos los actores
en un guiñol que acepta el desafío
de llorar y aplaudir sus actuaciones.

Siempre recordando a TODA MI FAMILIA.

VOCES EN EL VACÍO

(Algunos pensamientos,
como aperitivo de lo que va a leer)

*La felicidad es como un bordado:
si tiramos de un hilo, se desvanece.*

*Todos guardamos esqueletos en el armario,
pero algunos más que otros.*

Nos despersonalizamos con algoritmos sin personalidad.

Amar no significa querer, sino dar.

El sufrimiento no enseña, sólo se soporta.

*Los hombres no lloran en público,
lloran por dentro.*

*En este mundo de materialismo etéreo,
donde sólo existe la crítica en falso quehacer,
donde sólo se aclama belleza en estéreo,
ninguna poesía al lector puede convencer.*

*Ángel Fernández Montero
(A. Montefer)*

UNA VOZ EN EL VACÍO

Del vacío nace un grito maldito,
que rompe el cosmos con un juicio negro
contra el hombre miserable y proscrito,
que vive con su crueldad sin cerebro.

Surge para azotar con alarido astral,
que hiere el alma y quiebra lo dormido;
mas no exige ni fe ni paz celestial;
es verbo con fuego, juicio encendido.

Irrumpe en el vacío con voz dura,
rompe el eterno hielo del silencio,
trae el destello atroz de la censura,
sin consuelo, ni fe ni incienso denso.

Azota al mundo en reflejo visceral,
desnuda al alma, al pulso corrompido;
señala el temor, el pacto criminal,
vil riqueza del odio consentido.

Nombra el vicio y lujuria del humano,
a la sangre, mentiras y humillación,
de amo que se proclama soberano
de animales, personas y población.

Muestra al humano juez y depredador,
traidor de sí, rehén de su avaricia,
que celebra el goce turbio del dolor,
la envidia hostil, la farsa y la codicia.

Siembra miedo en el llanto del cautivo;
niega al débil alivio primitivo;
reza y se goza en oro vengativo,
pues es de malignidad creativo.

Es ser en llamas, látigo y ruptura,
que torna al resto esclavo por un precio,
pues vende el alma al miedo, y su basura
devora al débil, besa al vil desprecio.

Traza dioses del deseo en trofeo,
vende su alma en mísero mercadeo,
habla de amor pensando en un saqueo,
y proclama la ley de su babeo.

Del abismo sin nombre sale una voz;
no acusa a ningún hombre, lo desnuda,
siega su deshonra y crueldad con una hoz,
en vacía claridad concienzuda.

Lo llama cruel, cobarde y mentiroso,
sediento de placer, de ajena herida,
traidor del pacto humano más airoso,
y fingido abrazo de bienvenida.

Degradante en su goce vergonzoso,
corrupción y podredumbre es la vida,
egoísmo, ambición, engaño y acoso,
en altar de lujuria fermentada.

Y, con este eco sin rostro ni clamor,
tiembla la especie al verse en profecía

que une la venganza, el odio y el amor
en una humana y sola alegoría.

PALABRAS QUE CAEN

Para consolar, arrojan palabras al vacío,
presumen de ciencia con solemne palabrería
y en cortejo y amistad reparten su melodía,
y caen, cual pluma sin viento, y vuelven al vacío.

Palabras huecas de compromiso, sin sentimiento,
dichas para cumplir o para dejar un cortejo
y, lo que es peor, para hacer del amor un festejo
o, en envidiosa amistad, ganar su consentimiento.

En política vomitan discursos a presentes;
no saben lo que dicen, mas los miran despistados
o los escuchan sin oír y quedan extraviados,
y su eco no regresa ni despierta a los presentes.

Nada se escucha, ni cuestiona ni se reflexiona,
para poder descubrir su vaciedad o falsedad.
A preguntas se responde en evasiva que entona,
o simplemente no se consienten en realidad.

Oratorias rancias, llenas de tópicos manidos,
resucitan fantasmas, forjan un imaginario

donde culpan al otro e inventan un adversario,
y así tapan sus fallos con miedos resucitados.

Crean falsos enemigos a los que echar la culpa,
donde volcar cualquier frustración, odio y su vergüenza
y así desviar la atención sin pedir una disculpa
ni que sospechen lo que esconden tras esta destreza.

Con demagogia de saldo se disfraza la verdad,
se demuestra lo imposible con un gesto indecente,
y presenta media prueba con tono vehemente,
hasta que la mentira quede revista de verdad.

Repite el pregonero la consigna una y otra vez;
por credulidad y hartazgo quedan mansos, cansados,
ovejas en rebaños ya dócilmente domados;
y su tedio la corona como gran dogma de prez.

Se retuerce y repite una y mil veces la mentira,
con medias verdades para confundir la memoria,
ocultando lo que las desmiente en su trayectoria,
para esos crédulos donde toda verdad expira.

Alzan gruesa cortina, con mucho teatro gris y humo,
para que nadie revise su miseria y pobreza,
ni note la cadena disfrazada de pereza
y, distraídos, aplaudan este truco de consumo.

En los púlpitos de espuma croa absurda liturgia;
un sapo con traje y alzacuello corona al dragón:
las nubes aplauden la “falla” con santo de cartón;
y nadie oye el silencio que parodia su liturgia.

Pero recordemos que las “fallas” arden y se queman
con el jolgorio de espectadores y de turistas.
Al final todo encubrimiento aflora en las revistas,
y hasta aquellos crédulos se rebelan y enajenan.

Hay palabras que, al caer, despiertan una certeza;
que obligan a quien las escucha a detenerse a pensar;
pero el adepto prefiere no dudar ni razonar,
y deja que la herida se resuelva con dureza.

Otras, demuestran una realidad que despierta
y, porque los hiere, ninguno desea conocer;
porque ser un esclavo sin conocerlo ha de escocer:
se necesita una razón y reflexión abierta.

Así, caen palabras como un rezo en el vacío
si el coro las bendice respondiendo con amén
o, si el sectario las guarda como su dogma, también
rebotan, no fecundan, se disuelven en vacío.

FÁBULA DE LA GAVIOTA Y LAS NORMAS

Bajo el peso de unas normas rígidas,
la bandada iniciaba su costumbre:
volar, lanzarse y zambullir con hambre,
sin considerar que son insípidas.

En un gris ceremonial de alba fría,
la bandada empezaba su rutina:
volar, caer, comer. Ley repetida:
vivir sin cambiar lo que ya existía.

Mas una superó su conformismo
para alcanzar su potencial personal.
Con un comportamiento muy inusual
cambió la estupidez por heroísmo.

Ella escuchó en el viento una llamada
que no hablaba del hambre ni del vuelo;
era un latido ansioso, antiguo anhelo,
de mejorar la norma establecida.

Mientras las demás contaban mañanas
en presas y marejadas mezquinas,
su latir despertó al mundo de inquinas
de un ave por no aceptar leyes vanas.

Con espuma de mar en la pupila,
rasgó el aire con giros imposibles.
No ansiaba pez ni restos comestibles,
era el vértigo que vida destila.

Planeó con piruetas imposibles,
hizo clavadas dignas de un abismo,
y halló en cada fracaso el catecismo
que forja a espíritus indomables.

Las otras cumplían con su jornada,
con migas, gritos, puertos y mareas;

mas ella medía el mundo en ideas,
como quien nunca acepta estar atada.

Buscaba ángulos puros en el viento,
en velocidades de relámpago,
y hallaba en cada error un nuevo hallazgo,
que afinaba más su vuelo y talento.

“Eso no es volar —graznó la costumbre—;
el cielo existe sólo para el pico”.
“Esto no es vida”, pensó lo inaudito,
y enfrentó su fe a esta servidumbre.

“¿Eso es vuelo? —preguntó la tradición—.
El vuelo es para comer solamente”.
“Mas no es vivir”, dijo la disidente
al tensar sus alas en contra del sol.

La dijeron ser blasfema del orden,
ser la ruptura del mandato ancestral;
y la expulsaron del rito comunal
por decidir que incitaba al desorden.

Donde el miedo se adora como a un dios;
donde la norma es su *sancta sanctorum*;
si ningún rebelde consigue un cuórum,
la costumbre por siempre le dirá adiós.

La acusaron de loca y de arrogante;
de romper el sagrado reglamento;
y expulsaron del círculo y momento
con norma disfrazada de gigante.

Pues, transgredir y quebrar cualquier norma
o romper vínculos establecidos
y hábitos que hayan sido transmitidos,
es anatema que la ley trastorna.

Se fue al exilio azul sola y herida,
con lágrimas saladas sobre el pecho;
pero el azul, que nunca pone techo,
le ofreció integridad y nueva vida.

Sin coro ni norma o aplauso ajeno,
repitió cada fallo hasta aprenderlo;
cada caída fue un mapa del cielo;
cada herida, una escuela contra el freno.

Marchó a su destierro sola y quebrada;
con sal en los ojos, fe en la herida;
pero el cielo, que no juzga la vida,
le regaló su inmensidad alada.

Allí, sin templo, alabanza o sentencia,
insistió en cada error hasta entenderlo;
cada fallo fue su verbo en el cielo;
cada cicatriz, acto de conciencia.

Venció al temor del límite y del tiempo;
curó su vértigo, pulso y frontera.
Su ala escribió ecuaciones en la esfera,
donde el alma se prueba en su argumento.

Superó la ley del tiempo y la carne;
atravesó el umbral del pensamiento.

Su ala rezó plegarias en el viento,
donde cada ser se quema y rehace.

Halló otras exiliadas del rebaño:
viejas por no callar, jóvenes por ver
y sabias por negarse a obedecer
la cómoda obediencia del engaño.

Descubrió otras gaviotas marginadas:
viejas por edad, jóvenes por soñar,
sabias por querer algo para evitar
la estupidez cómoda y aceptada.

Eran guías, pero nadie las siguió,
porque enseñaban dudas, no consuelo;
estaban expulsadas por su celo,
por explicar cómo el mundo se durmió.

Maestras a las que ninguno escuchó
al cuestionar todo sin sus consignas.
Estaban desterradas por las mismas
razones que al mundo siempre le dolió.

Aprendió que vivir no es en bandada,
que la libertad no pide permiso,
que el espacio y el tiempo son un friso
que el espíritu rompe en su mirada.

Comprendió que el amor no es pertenencia,
que la fe ni se hereda ni se impone,
que al espíritu nada se antepone
cuando el miedo se enfrenta a la conciencia.

Subió más allá de cumbres y de signo,
donde el ala ya no pesa ni sangra;
allí supo que el futuro se labra
desobedeciendo al ayer indigno.

Se alejó de cualquier posible norma,
donde volar es libre y ya no duele;
y entendió que el futuro no envejece
para aquel que se atreve y se transforma.

Pero miró hacia atrás y fue condena:
vio a las otras sumisas a la norma,
creyendo que sobrevivir es forma
de no arder y sobrellevar su pena.

Regresó; y el regreso fue un martirio,
porque enseñarlas fue volver a sangrar;
nadie escucha al que desea demostrar
que la sumisión sólo es un delirio.

Su vuelta se convirtió en crucifixión;
hacerse entender fue volver a morir;
nadie quiere oír a quien osa decir
que su jaula es mental, no la creación.

Sus congéneres estaban cautivos,
rehenes de una cómoda estupidez
que las normas imponen con avidez,
sin explotar su potencial y activos.

La gritaron: traidora, impía, hereje;
la escupieron doctrina, ley y dogma;

pero las enseñó a romper la norma
con su paciencia, ternura y coraje.

La censuraron por su rebeldía;
reprocharon acción, ideas y fe;
pero ella las demostró, sin imponer,
que novedad también es teología.

No las prometió victorias ni poder,
ni libertad, gloria o una salvación;
sólo el derecho a elegir su ascensión,
aunque el precio sea no pertenecer.

No las convenció con falsa oratoria,
sólo con derecho a volar más allá.
Dijo: “Fracasar también es avanzar,
si tu rumbo lo elige la memoria”.

Y, una a una, las alas marginadas
encontraron una fuerza escondida;
y aprendieron qué normas en la vida
son una jaula mental enquistada.

Y, aunque no todas eran rechazadas,
ante su dedicación se rindieron.
Sólo unas la siguieron, y aprendieron
que eran presas de una fe mal dictada.

Las demás prosiguieron indecisas,
porque ser un profeta está mal visto,
y cambiar las normas está previsto
que debe intranquilizar las sonrisas.

Ya se sabe que vale más lo malo
conocido, que lo bueno a conocer.
A unos, la comodidad es regalo
y, a otros, nada debe prevalecer.

Pues el alma, como ala verdadera,
no existe para el miedo ni el rebaño;
nació para romper normas y engaño,
aunque duela y aunque nadie lo quiera.

Porque el ser, aunque su sed lo disuelva,
busca su conocimiento y libertad,
hasta que lo olvida todo por la edad
o comodidad que nada resuelva.

FÁBULA DE LA OVEJA Y EL LOBO

Alejada una oveja de mirada encendida,
pastaba lejos del rebaño por curiosear;
tenía tanto interés que marchó sin avisar,
hasta que del rebaño quedó lejos, perdida.

Era demasiado joven, curiosa y activa,
con esa impaciencia tan propia de la juventud
que quiere abarcar y conocer todo en su amplitud,
como si por ser joven tuviera la exclusiva.

Ella pastaba libre, con ingenio risueño,
distráida, jugando con las flores de aquel prado,
para comprender su mundo lejano y dorado,
triscando hierba y dudas al filo de su sueño.

Había abierto un nuevo mundo a su imaginación,
que apenas calmaba su curiosidad e inquietud.
La tentaba el misterio que se respira en la luz,
rumiaba el tomillo que calmaba su atención.

El prado era un tapiz de oro y de bruma dormida;
soplaba una brisa suave en silencio sepulcral,
que al valle convertía en un gran templo sideral,
donde el sol afilaba una espada derretida.

De pronto, entre jaras, una fiera descarada;
dos brasas encendidas observaron el prado;
un gruñido de tumba desgarró el arbolado
y la hierba tembló bajo su garra afilada.

A su llegada, el aire ardió en relente guerrero
y, gruñendo como trueno que desgaja cerrojos,
entre las zarzas surgió el lobo con ojos rojos,
que clavó en su víctima con su apetito fiero.

Saltó sobre su presa con hocico encendido
y una famélica hambre que la sangre desata.
Ella temblaba cual junco que se desbarata,
fingiendo tener miedo con balido afligido.

Se lanzó sobre ella con un furor homicida,
mostrando sus colmillos como púas de acero.

“Hoy saciaré mi hambre en ti, miserable cordero”,
rugió con voz de oscura noche por luna herida.

La oveja retrocedió con balido temblante,
fingió que el miedo la paralizaba absorbente,
mas pensó: “si lo halago, se tornará indulgente”,
y humilde alzó los ojos con candor suplicante.

“Señor de muerte y sangre, titán de dentadura,
¿satisfará su grandeza en tan pobre bocado?
Tras la casa, en el llano, hay un rebaño guardado
que colmará su gula y satisfará su hondura”.

“No me devore, señor lobo de diente cano,
que soy hembra muy flaca para saciar su antojo,
y el rebaño que le ofrezco calmará su enojo,
si me deja guiarlo por un sendero cercano”.

“Si ahora mismo, por calmar su hambre me devora,
ya no podré guiarle hasta semejante cercado
y se perderá el banquete que le he reservado.
Si me sigue, nos pondremos en camino ahora”.

El lobo la contempló con sospecha sombría:
“¿Pretendes engañarme, torpe lana extraviada?
Mi paciencia es un hilo que se rompe en la nada,
y tu carne me llama con roja melodía”.

Se relamió pensando con codicia en acecho:
“Nunca juegues con mi hambre, criatura descarriada,
que mi paciencia es corta y mi garra está afilada,
y puedo deshojarte como un cardo deshecho”.

“Tienes la carne exquisita de un cordero lechal;
tan jugosa, tierna y blanda que invita a comerla.
¿Y me ofreces a cambio carne dura al morderla?
Dudosa es tu oferta, ¿de cuantas presas en total?”.

“No miento, noble fiera —le respondió sumisa—,
seré guía obediente si me otorga la vida;
le mostraré un banquete de abundancia infinita,
donde el miedo fermenta y la carne se eterniza”.

“Le ofrezco, oh, gran señor, un festín multiplicado:
corderas como estrellas tras la casa del llano,
encerradas en corral, sin pastor ni villano,
si se viene conmigo y me acompaña a su lado”.

Y el lobo, cegado por esas promesas de oro,
aceptó la oferta con sonrisa de cuchilla,
creyéndose monarca de invisible cuadrilla,
mientras ella tramaba imaginario tesoro.

El lobo la ordenó con una avara sonrisa:
“Camina, pues, por delante, que yo marco el compás.
Si intentas fugarte, no verás un mañana más”.
Y ella, muy consciente, inclinó su cerviz sumisa.

Se pusieron en marcha en silencio, y pasó el tiempo,
y la jornada comenzó a hacerse muy larga
para el hambre que tenía el lobo en su cuerpo
que, despacio, convertía su sangre en amarga.

Fueron por senderos de espinos y pedregales.
“¿Cuánto falta, oveja? Mi estómago se impacienta”.

“Tras la curva, señor, ya vuestra presa se alienta”,
respondía ella dócil entre espinos mortales.

Siguieron por sendas donde el sol se hacía plomo
“¿Aún falta mucho, oveja?, que mi paciencia clama”.
“Ya casi hemos llegado, tras la próxima rama”,
respondía apacible, bajando lenta el lomo.

Voraz, crecía la impaciencia del compañero;
sus gruñidos alzaban polvareda rabiosa:
“Tu historia ya cojea, tramposa y mentirosa”,
gruñó en voz de trueno, retumbando en el sendero.

Y, viendo dilatarse la distancia engañosa,
insistió con una impaciencia que arrancó espinos:
“Tu propuesta es más falsa que unos huesos mezquinos”.
Y con su voz ella bordó una seda melosa:

“Mire aquella techumbre que corona la loma;
tras esa puerta reposa su lanar ganado,
y el corral permanece firme y asegurado,
para que, al fin, pueda saciar su hambruna glotona”.

“Mire a lo lejos, por allá asoma, tras la encina;
allí duerme el rebaño tras tranca cerrada;
ninguna podrá escapar con la puerta atrancada,
aunque su aullido suene cual trompeta asesina”.

“Aúlle, gran señor, para que su voz las aterre,
y así, presas de espanto, no hallarán la salida,
pues, cerrada, la cerca impedirá su partida,
mientras tiembla el rebaño tras la tranca del cierre”.

El lobo, ya embriagado de triunfo anticipado,
bramó con rugido que al monte quebró la cima.
“Eres sabia, cordera; casi digna de estima”.
Y lanzó un largo aullido de soberbia inflamado.

“Insista; aülle mucho, hasta que su aullido las hiera,
que el pánico las deje clavadas en el suelo,
y así será su triunfo más inmenso que el cielo,
mientras yo, agradecida, contemplo su carrera”.

La fiera, ante tanta adulación y su artificio,
dijo, henchido de gula que en la sangre se arrima:
“Dices bien, cordera. Te estás ganando mi estima”,
y volvió a aullar ante el fúnebre sacrificio.

Mas dentro de su morada despertó el cazador,
que al lobo le jurara silenciosa venganza
por noches de matanza en redil sin esperanza,
y cogió su escopeta con un pulso vengador.

Cargó las postas con ansiedad llena de temblor;
alistó y armó el arma con un gesto sombrío,
recordando destrozos en ganado baldío;
y tomó su escopeta con un pulso vengador.

Salió al umbral despacio; respiró la neblina;
vio al lobo desbocado soñando su festín;
apuntó con mucha calma, mas erró el tiro al fin
y el disparo retumbó cual campana asesina.

Al verlo venir ávido hacia el falso banquete,
apuntó con más paciencia y rencor contenido,

y el disparo rasgó la soberbia del bandido,
que cayó inerte sobre el polvo en un periquete.

Se desplomó la fiera con los ojos abiertos;
su ambición aun brillaba en las pupilas heladas,
como quien cree reinar sobre tierras doradas,
mas sólo encuentra silencio en los campos desiertos.

La oveja se enderezó sin temblor ni gemido;
dejó atrás la tragedia con balido sereno,
regresando hacia su grey bajo el cielo moreno,
mientras el aire limpiaba la sangre y rugido.

Sí, dio media vuelta con un balido risueño,
dejando detrás la fiera y su ambición sin dueño;
y volvió a su rebaño como quien vuelve al sueño,
mostrándonos esta moraleja con su empeño.

Quien empeña su juicio por promesa abundante
y escucha sólo el eco de su propio apetito,
suele encontrar en su orgullo la bala y el grito,
pues la ambición devora más que el diente cortante.

El más fuerte se pierde por ambición de obseso,
porque su avaricia y presunción son demasiado;
y no siempre al débil terminará devorado,
pues la astucia es un colmillo cuando guía el seso.

Pero ten mucho cuidado con la moraleja;
quien vende paraísos por codicia y exceso,
suele hallar en su trampa la horma de su pecado,
y se descubrirá la falsedad que festeja.

Aprenda quien presuma de fuerza y dentadura:
no siempre vencerá ni imperará la fiereza.
A veces, una astucia vestida de simpleza
derriba al poderoso cegado por su hartura.

ECO DEL VACÍO

Ayer me fui a un barranco
y le grité mi lamento,
pero me devolvió el llanto
en el eco de un momento.

Se quebró mi voz en llanto,
como una hoja sin aliento;
en la sombra del barranco
se murió mi pensamiento.

Si dices palabras necias
o tú hablas donde no debes,
no recibirás ni gracias.

Porque la voz sin sustento
se perderá en el vacío
como se perdió el lamento.

MUERTE INFANTIL

Blanca habitación, estéril y fría,
con ese silencio denso de hospital,
donde la estancia se vuelve casi sal,
sólo iluminada por luz del día.

Con una cama, mesilla y dos sillas.
De pie, familia, vecinos, amigos,
charlando con aire de compungidos,
mientras amonestan a unas chiquillas.

Están en grupos, con torpe murmullo;
cruzan miradas, rotas por la espera;
ni saben qué decir, ni van afuera,
escuchando a la madre en roto arrullo.

Gélido, el lecho late en el vacío
y la muerte ronda por la ventana,
por donde la luz entra lenta y vana,
como si ya huyera del cuerpo frío.

La niña apenas respira en su sopor;
su piel es una agonía en reyerta,
que en su madre la congoja despierta,
mientras los otros susurran con temor.

La chiquilla es consciente, aunque sedada;
sabe que, poco a poco, se va a morir,
pero teme a la oscuridad, y sufrir
cuando muera y su alma se quede helada.

Y con esta imagen que la amedrenta,
en la soledad, lejos de su madre,
se le queda en la boca un sabor acre
y, con temor, su imaginación enfrenta.

La pobre enferma ya está en agonía;
se queja en susurro, con voz muy débil;
desvalida, busca un consuelo estéril,
cogida a la materna mano fría.

Su madre la vela pálida, helada,
le habla de Dios, del cielo, de su niñez;
la niña dice: “No llores otra vez”;
y la besa, llorando muy callada.

La mujer, en su silla, junto al lecho,
le toma su manita consumida.
“Estoy aquí”, susurra enternecida,
y siente quebrarse el mundo en su pecho.

“Mamá... ¿me llega ya la noche oscura?
¿Estaré sola si se apaga el día?”.
“No, amor, a donde tu fueras, iría;
el cielo es claro y lleno de ternura”.

“Sabes que Dios quiere a todos los niños,
y en el Cielo tú te sentirás feliz,
igual que cuando comías regaliz.
Tendrás amigos y muchos cariños”.

“Tengo miedo”, suplica casi en sombra,
entre temblores, bajo la sedación.

“No temas, vida mía, tu corazón
es más fuerte que todo lo que nombra”.

La mece en recuerdos de antiguas risas,
cuando el parque fue su reino y guarida,
con sus travesuras llenas de vida
y sus juegos con júbilo y sonrisas.

Una sobrina intenta separarla:
“Descansa un poco”, ruega con dulzura;
mas ella, firme en su dolor, murmura:
“Nadie podrá de mis brazos quitarla”.

Y, mientras habla del azul eterno,
siente a la muerte llegar a su lado;
cada latido suena más callado,
cada suspiro parece un infierno.

“Mamá, no llores más cuando me vaya”.
“No lloro, mi amor, es polvo en los ojos”,
pero la voz se rompe en mil despojos
y el alma entera en llaga se desmaya.

La niña intenta alzar la débil mano
y roza el húmedo rostro materno:
“Si me duermo, te esperaré en lo eterno;
no estés triste, te encontraré temprano”.

Su cara se ensombrece y queda oscura;
todos notan que un aire frío y mortal
cruza con un silencio torvo, letal,
y la madre llora con amargura.

Late el reloj fuerte, con pulso herido;
cumple la muerte pálida, presente;
la mujer tiembla con grito demente,
y abraza el cuerpo inerte en un gemido.

Un hilo tenue cruza la ventana;
la luz parece una herida en la pared;
un último suspiro, cual breve sed,
y el tiempo se detiene en la mañana.

Después, un grito, llanto desgarrado,
que nace en donde nace una criatura;
y abrazo al cuerpo roto con locura,
como si aun pudiera ser salvado.

Una vecina la mano adelanta;
compasiva, apenas le roza el hombro.
La madre se distancia con asombro
y, moviendo la cabeza, deniega.

Valiente, se enjuga las lágrimas
y se guarda su angustia sin mostrarla;
la otra, cariñosa, habla sin tocarla:
“Por ella no puedes hacer nada más”.

La acaricia el cabello con cuidado:
“¿Aun no lo comprendes? Se ha marchado en paz;
no mantengas esa actitud contumaz;
desecha toda tu rabia y enfado”.

La mujer clama: “¿Es que no lo entendéis?
Quiero morirme con ella. ¿No me oís?...”

Y no me deis consuelos que fingís.
No quiero sobrevivirla, ¿sabéis?”.

Intensos sollozos apagan su voz,
y continúa traspuesta sobre el cuerpo;
obstinada, porfía del recuerdo
que la traspasa el pecho como una hoz.

Se desmorona incapaz de razonar,
recordando cuántos días felices
interpretando ser grandes actrices
las dos habían podido imaginar.

La arrancan a la fuerza de su pecho;
entran enfermeros, sombras sin nombre,
que el ambiente espesan como salobre
cuando la obligan a dejar el lecho.

Por el pasillo blanco, interminable,
la llevan una auxiliar y un familiar;
la calman, sin poderla reconciliar,
con frágil palabra hueca y culpable.

Queda una madre rota y silenciosa,
con los brazos aun tibios por la ausencia;
aprendiendo lo cruel que es la existencia
al arrancarle su flor más hermosa.

Y quedan atrás la sala vacía,
la cama muda, el frío mobiliario;
tan breves para hacer un inventario
que parecen no existir en su vida.

Meditadlo bien, nadie está a resguardo;
la enfermedad no entiende de inocencias,
ni el calendario absuelve las conciencias
cuando la muerte te clava su dardo.

CAPITÁN PIRATA

Fiero capitán pirata
preside muy serio el puente;
con voz que ruge imponente,
a los piratas maltrata.

Melena de sal y brea
le cae hasta el pecho en furor;
ojo de vidrio, sin calor,
parche que al mundo recrea.

Trapo que oculta al muerto dios,
da fiereza al viejo lobo,
y autoridad para todo
en este navío sindiós.

Sombras en su rostro bestial,
con mirada de brillo hostil,
en movimientos de reptil,
con un gesto duro y glacial.

Barba hirsuta en rostro feroz,
con un arete en oreja
y una cicatriz pareja,
larga como rayo veloz.

Cicatriz viva en su faz cruel,
curtida tras la tempestad;
nariz de gruesa majestad,
colorada como un infiel.

Boca desdentada de ron,
con risa de lobo y rencor,
en una gruta de dolor
con podrida lengua marrón.

Su pata de palo, al paso,
cruje la tabla del terror
y la cubierta con rencor,
cuando se acerca el ocaso.

Garfio en la izquierda, frío y fiel,
acero de beso feroz,
que reza a muerte sin pudor,
si se clava en alguna piel.

Bota ominosa, paso gris;
casaca al viento, rojo honor;
con manchas de grasa y sudor
y zurcidos como un país.

Puñal ceñido al cinturón;
sable presto a desenvainar,

que clama poder degollar
liberado de su prisión.

Pistolón negro, viejo juez,
ceñido muerde la faja,
mientras su tronar baraja
con un sonido de almirez.

Gorro de muerte con huesos,
blasón de tibias cruzadas,
en manto negro encaladas
de un bicornio con excesos.

Cuando su voz rompe la mar
parece un trueno en combustión;
no habla, embiste con expansión
que hasta la mar hace bramar.

Grita órdenes con su voz de hoz,
a caras de horca y maldición;
reza blasfemias al timón
y golpea como una coz.

Su nave, hacia el horizonte,
corta el viento con sus velas
y abombadas entretelas,
sin barco que los afronte.

Cruje su largo bergantín,
vientre de roble y corazón,
al surcar la mar sin perdón
y alcanzar su incierto confín.

Ruge la mar como un chacal
cortada por el navío;
ríe la noche con brío,
iluminada por fanal.

Cantan promesas de botín;
siete mares ven su sombra,
fama que la mar alfombra
con jarras de ron y festín.

Cañones en sus troneras
piden su presa y el fragor;
perros hambrientos de furor,
que ansían sangre y quimeras.

Al timón, un tuerto viejo
reza con salmos de alcohol
contra la luna de charol,
observando su reflejo.

El contramaestre da órdenes,
que imparte con gritos de ron
y blasfemias sin ton ni son,
para avivar los retenes.

Caras de horca y podredumbre,
miembros cortados y muertos
entre combates y entuertos,
beben ron hasta la cumbre.

Son manos y ojos perdidos,
almas remendadas con ron,

hombres rotos sin corazón
por bebida bendecidos.

Beben noches, muerden lunas,
cantan su fiebre en coro atroz,
buscando un combate feroz
para calmar sus hambrunas.

Los mares cruzan sedientos
buscando sangre y resplandor,
tesoros, gloria y esplendor,
que borre sus sufrimientos.

Allá una vela tiembla en paz,
presa dormida, craso error;
pronto conocerá el horror
de persecución pertinaz.

Ellos izan su bandera,
como señal de un funeral:
calavera en fondo mortal,
con su osamenta intemporal.

Se colocan al costado,
abren todas sus troneras
y asoman sus bocas fieras
con cada cañón cargado.

¡FUEGO! El cielo se hace astillas,
truenas el costado en combustión
con una continua explosión,
que corta como cuchillas.

Relámpagos que desgarran
maderas y cuerpos vuelan,
velas y mástiles sangran
en charcos que todo embarran.

Las maderas gimen, gritan;
arde la fe, muere el perdón
con sangre, fuego y oración
que la cubierta desgarran.

Todo el navío tiembla al fin;
cruje el abordaje feroz;
arpones, vocerío atroz;
tirolesas entre el hollín.

El abordaje es un rayo,
con sable y garfio en vendaval;
dictando sentencia mortal
en asalto de cipayo.

Crujen huesos, brota el grito,
la sangre escribe su cantar;
llueve el terror sobre un altar
en sacrificio del rito.

Miembros caen por la borda;
la gente se ahoga en la mar,
color tinta de calamar,
con rezos muertos en horda.

La defensa es poca y pobre
frente a piratas en llamas

que escupen sangre con flamas
rebuscando en cada cofre.

El otro capitán cae
con Dios mordiéndole la sal,
rezando una oración vital
que su agonía distrae.

El mar se traga alaridos
cuando se ahogan sin perdón.
Las armas muestran rendición
con la matanza de heridos.

Huele a pólvora, tripa y sal;
el alba tiembla de rubor
sobre la sangre y el sudor,
la muerte y el botín final.

En cubierta hay fuego y humo;
ron y sangre sellan pactos,
y en los más brutales actos,
surge el saqueo de turno.

Y, al fin, calmado el oleaje,
el cielo y el mar se aquietan,
pues su victoria respetan,
y empieza el peregrinaje.

Se duerme el fuego, vivo horror,
bajo un sol roto en resplandor,
rey sin corona del pavor,
que observa apagarse el fragor.

El pirata se retira,
mientras su víctima se hunde;
y el mar la acoge y la funde
en su lecho, que aun suspira.

Vira hacia el viento y se aleja,
leyenda viva en las aguas,
ya como apagadas fraguas,
lisas como una bandeja.

La mar lo mece, cual madre;
calla el cañón, reposa el son;
leyenda, trueno y maldición,
que con su abordaje pudre.

Navega hasta el horizonte
con ojo muerto y alma en flor,
buscando víctimas y horror
que su navío confronte.

EL CAUTIVO

Bajo tierra; sólo y en la negrura;
escondido en una bóveda dura,
con un cielo raso que me tortura
pues representa eterna arquitectura,
vivo bajo la tierra sepultado,
bajo un techo tan alto como el miedo,

donde el ruego sube y desciende el credo,
y nada ilumina el suelo empedrado.

La luz, enferma, apenas se apresura
desde un diminuto y sucio tragaluz;
hieren sombras y quiebran su escasa luz
el viento y la lluvia con desmesura.
Del alto tragaluz, sucio, enrejado,
cae un hilo de día, turbio y quedo;
la lluvia entra sin ley ni freno alguno,
y el frío azota al cuerpo desnudado.

La pared está húmeda y es oscura,
desportillada y muy poco segura;
el moho escribe su verde escritura
en las fisuras de profunda hondura.
El recinto, con moho y cicatrices,
conserva nombres rotos y oraciones
que alguno cinceló en lamentaciones,
memento de cautivos infelices.

Son palabras con una vieja hechura,
de nombres olvidados y fe impura;
son lamentos gritados sin censura
por alguna otra antigua desventura.
Aquí no hay más que piedra y maldiciones,
grabadas con las uñas y con raíces,
dejando en la pared las cicatrices
de viejas y olvidadas convicciones.

Mi larga cabellera es desventura,
auténtico nido de vil criatura;

barba sucia, como la noche oscura,
tapando un rostro ajado, sin ternura.
Soy como un esqueleto caminante,
sólo piel cubriendo mis pobres huesos
que, al soportar tan brutales excesos,
está lleno de amargura agobiante.

Estoy solo con penitencia dura.
Desnudo frente al frío y su premura,
no tengo ni un harapo que asegure
prenda tibia que cubra mi figura.
Me pasan pan por puerta diminuta,
a ras del suelo, fría como injuria;
media jícara de agua siempre turbia,
rutina vil que al hambre no disputa.

Por el suelo, una pequeña abertura
con una puertecilla baja y dura
por la que me pasan toda su hartura
y que apenas sostiene mi amargura.
Ésta es mi única medición del tiempo;
así reconozco pasar los días
y marco junto a otras estadías
unos palotes como pasatiempo.

Cada día, su rutina y penuria:
un mendrugo de pan en triste usura,
entregado por una mano impura,
con media jícara de agua muy turbia.
La apuro con la lengua torpe y burda;
mi voz se oxida en su seca penuria;

no hablo hace años, salvo con mi locura,
o a una rata que escucha y no me juzga.

Aunque sea una pequeña criatura,
es mi rata fiel con su gris figura
y comparte mi pan con su ternura,
mientras me examina con gran premura.
Me escucha atenta, como buena alumna,
y oye mi charla para estar segura,
pero nada convencida censura
y mueve el hocico en señal de hambruna.

Trepa hasta mi hombro, rápida y segura;
se atusa los bigotes con premura,
y yo la observo con mucha ternura,
viendo cómo aguarda mi chifladura.
Parto el mendrugo: ella come primero;
me mira como se mira un dios caído;
y yo le cuento el sol que ya he perdido
con acento bastante lastimero.

Hablo solo sobre vida futura;
me imagino estar en otra andadura,
en campo abierto, el mar y la llanura,
con un cuerpo libre y mi piel segura.
A veces, travieso, me río solo
y, con mucha soltura, ella me roba,
a pesar de que mi risa la emboba,
pues aún me queda humor en la amargura.

Mas esta eterna noche, lenta y dura,
me envuelve en su dolorosa factura.

Vida y muerte, todo es la misma usura,
que me disputan hasta la cordura.

“Come, amiga”, yo apenas la murmuro
con voz seca que rompe la oscuridad;
“si te quedas después, sin necesidad,
yo no me sentiré tan inseguro”.

“Eres la compañera que perdura,
y lo haces por semejante basura.
No te importa que su miga esté dura,
sólo conseguir esta cebadura”.

“Algún día —le digo—, iré al sendero
donde el cielo es azul y no un gemido.
No temas, que te llevaré conmigo,
y yo volveré a ser un hombre entero”.

Hay un cubo para mi podredura,
con el hedor fijo de vil basura;
sólo una vez por semana lo apuran
y deciden llevarse su negrura.
Defeco en él toda mi podredumbre
y su hedor me recuerda dónde estoy, pues
lo vacían apenas tiempo después,
según vean o tengan por costumbre.

Un poyete de piedra que perdura
es mi única cama y es mi armadura;
es mi mesa, mi trono y sepultura,
todo en uno, como una ruina impura.
Mi cuerpo es sólo hueso y piel herida,
con llagas que no sangran, sólo gritan;

los dedos, negros, tiemblan y no guardan
ni rastro de la forma de otra vida.

Dedos negros, tintos en sangre impura,
con una llaga abierta que perdura
en mi piel de hueso con forma dura,
pura muerte, aguardando su envoltura.
Un grillete gobierna mi partida;
la cadena es ley muda que me añaden;
mis pies, con uñas largas, ya no saben
si el suelo es cárcel o fosa extendida.

Un recio grillete de fría hondura
me muerde en el tobillo y lo asegura
con una cadena, cual fiel censura,
clavada en el muro de mi clausura.
Aquí el hombre se muere entre la herrumbre;
se mide por cuánto aguanta sordidez,
penumbra, hedor y su tiempo en languidez,
sin ver algún mundo que lo deslumbre.

Pies destruidos sobre una tierra dura;
uñas largas, con una curva oscura
que a cada paso me dan mordedura,
pues la misma piedra se lo procura.
Mis ojos apenas ven en penumbra,
aunque ya lleve tiempo en este encierro;
y mi lengua en su luto va de entierro,
quebrada por una sequía impura.

Mas vivo. Y eso es canto y desafío.
Sueño campos, mar libre, luz abierta;

la esperanza es un golpe en esta puerta,
sonido de llaves que desconfío.

Si salgo, amaré al sol como la huerta;
si muero, lo haré humano y no vacío.

Mi cuerpo no cede, sigue con brío,
aunque su carne ya esté seca y muerta.

Si algún día veo una luz segura
que rompe los muros y rompe herrumbre,
saldré al mundo como nueva criatura,
con el cielo y el sol como armadura.

Y, si al final prosigo en esta hondura,
que este llanto y soledad que perdura
llene mi amor terco con fe que dura,
siendo libertad frente a la clausura.

EL PÉNDULO

En el pozo oscuro y pringoso
que me sirve como mazmorra,
estoy tumbado sin modorra
sobre un abismo misterioso.

Sus paredes rezuman verdín,
con algún musgo en cada grieta.
El aire es espeso y me aprieta.
Huele a una humedad de adoquín.

Con cualquier leve movimiento,
sin un cronómetro, estoy muerto;
si me alzo, acabará el entuerto,
porque yo duraré un momento.

En mi celda, fría y oscura,
mide el péndulo en paso lento
y me marca el pulso con tiento,
mientras sudo esta noche oscura.

Terminado en una hoja de hacha,
que al descender me partirá en dos,
la losa se alarga hasta un adiós,
para salvar mi mala racha.

Yazgo en su sombra con mi pavor;
va y viene con un filo mortal,
como un horrendo tictac mortal,
e inquieto respiro con horror.

Me enfrento a dos grandes peligros:
una sima rodeándome
y ese péndulo esperándome
con esos vaivenes malignos.

En este pozo tenebroso,
sobre una losa malamente,
miro la estancia lentamente
y siento el cuerpo tembloroso.

Estoy tumbado boca arriba,
pero no observo ningún cielo;

soy como un pez en el anzuelo,
dentro de circular diatriba.

Latido en su centro espantoso
me oprime con la mano fría
en el borde de mi agonía,
en un círculo pavoroso.

Por mi pecho pasa su acero,
que oscila desde un lado al otro,
de extremo a extremo, cual potro
de tormento en vital tablero.

Con la cuchilla de un barbero
entre los muros va oscilando;
reloj de la muerte contando
si baja un dedo más su acero.

No avanza su filo: amenaza;
su tictac no acabará jamás;
cada instante lo valoro más,
mientras mi vida se desplaza.

Tic, y vuela hacia la derecha.
Tac, y regresa hacia la izquierda.
Y al llegar al centro, recuerda
rozar el cuerpo que desecha.

Mi tiempo cuelga de ese techo;
no corre, sólo balancea,
me mira, me mide y desea
seccionarme en dos por el pecho.

La losa será tumba mortal;
mi latido me marca y guía;
me muevo, pero él, en porfía,
su vaivén corta en arco mortal.

El péndulo baja más, fiero;
ya roza mi pecho dormido;
siento que mi tiempo es vencido;
me estremezco bajo su acero.

Oscilante, en un eje fatal
sobre este abismo recercado
que, en su borde oscuro y mojado,
todo lo que no late es letal.

Encojo mi vientre expectante
para esquivar esta cuchilla;
y mi corazón late y chilla
dentro de mi cuerpo vibrante.

Siento pasar muy lento el tiempo;
es algo que crispa mi mente,
pues mi muerte será inminente
si desciende a cada momento.

No sé si sueño o es delirio;
la negra noche respira en mí;
no hay ni Dios, ni tiempo, ni un aquí,
sólo ese acero y mi martirio.

Con cada vaivén me deshace;
su abanico ya roza mi piel;

¿siento ya mi sangre o sólo es él,
que mi nombre traza en desguace?

Ya no sé a quién puedo implorar,
porque he rogado a Dios y al diablo,
mas ninguno escucha lo que hablo
y su desprecio me hace llorar.

No ha caído aun, y ya me muero;
cada segundo se dilata;
mi mente se destruye y mata;
estoy vivo, más ya no espero.

Noto el cuerpo empapado en sudor.
¿Es que hace demasiado calor,
o es por mi miedo y tanto temblor
sin saber lo que hay alrededor?

¿Sólo hay una sima sin fondo,
o esta losa llega a la pared?
Si repto no estaré a su merced,
pero puedo caer muy hondo.

Me arrastro muy lento, de espaldas,
hacia el paso unido al bordillo;
sujeto el borde del pasillo
con las dos manos aferradas.

Busco el bordillo del anillo,
pegado al muro muy prudente,
tiento piedra, avanzo paciente,
y el pozo bosteza un cuchillo.

Bordeo paredes del pozo
en círculo sin fin ni caída,
perdido en la penumbra asida
al temor que en mi alma desbrozo.

Cuento cada paso con terror;
avanzo lento y ciego al frente;
el sudor perla por mi frente;
cualquier error olerá a terror.

Marcho en equilibrio y a tientas;
siento, a ciegas, mi mano fría
resbalando en lenta agonía
sobre este círculo de afrentas.

¿Es un muro o es boca abierta
lo que con la mano tanteo?
La piedra cede y yo flaqueo
con la fe dormida despierta.

Un paso es por fe, otro es por nada;
busco algún destino o dirección,
pero el pozo anula mi razón
y la noche gira cerrada.

Si me caigo, nadie lo sabrá.
¿Fui hombre o sólo fui un error?
El fondo me llama en su rumor,
porque muy pronto me abrazará.

¿Avanzo o sólo es un regreso?
Este muro gira conmigo.

Mi cuerpo es frágil testigo
de un cálculo sin un progreso.

El péndulo siega mi paso,
lo cruza con filo candente;
yo cuento su ritmo obediente
cuando va y regresa en su abrazo.

La puerta es real ¿o la invento?
La penumbra bien sabe mentir;
si yerro al intentar proseguir,
pondré un triste fin al intento.

Entre sombras veo la puerta,
mas el vaivén me niega paso;
aguardo, respiro abrumado,
hasta que un hueco la hoja deja.

Casi roza mi débil vida,
pero encuentro un paso seguro
al saltar sobre un borde oscuro
y por fin salgo y guardo vida.

Paso el umbral con mente hundida;
queda a mi espalda abismo oscuro;
calla el reloj del vaivén duro
y yo resucito a la vida.

BONZO

(Tiempo: Persecución católica contra budistas. • Vesak: Celebración budista conmemorando el nacimiento, iluminación y muerte de Buda, ondeando banderas en Vietnam. • Loto: símbolo sagrado de pureza espiritual. • Sutra: Texto sagrado en el budismo. • Mantra: Palabra o frase sagrada que se repite para inducir meditación, concentración y liberación mental. • Nam Mô A Di Đà Phật: Mantra, 10 repeticiones. • Thích Quảng Đức: Monje, antorcha humana, que se inmoló en Saigón el 11/06/1963).

Saigón respira un miedo contenido,
el asfalto presiente un acto fatal;
Vesak sangra en su rito prohibido,
y la fe se encuentra sola y desigual.

Despierta con el olor del incienso;
hoy, la fe camina herida por la ley;
banderas caen al suelo en silencio;
y el Vesak prohibido llora su porqué.

Amanece con duelo presentido,
dolor que camina bajo un cielo hostil;
Vesak prohibido muere sin destino,
pues la ley clausura al loto juvenil.

La cruz del poder rompe la sutura
de un religioso pueblo, manso y mayor;
Vietnam se quiebra bajo la censura,
donde orar se vuelve un acto de valor.

Diem decretó contra los viejos sutras,
negó sus derechos a mostrar clamor.

Los budistas vieron cerrarse rutas
bajo sus decretos de letal horror.

El Estado agravia textos sagrados,
que la mayoría debe obedecer.
Vietnam se inclina ante edictos ajados,
que venden su credo a cambio del poder.

En pagodas brota un rumor austero:
trescientos monjes rezan al caminar
rogando la paz en el mundo entero,
por una igualdad simple: existir y orar.

Avanzan con andar lento y silente,
con pasos que rezan más que su clamor;
la calle observa, sin que nadie aliente
semejante ofrenda al filo del valor.

Avanza el canto austero de trescientos;
carteles bilingües piden equidad;
un coche corta el aire de lamentos
y la calle tiembla con solemnidad.

El Austin para el pulso de sumisión,
con aire que sabe a incienso y decisión;
no es una marcha más, es una misión,
es el karma escrito en plena combustión.

El coche aparca al llegar a la calle
y el día temblando pierde el corazón,
sin protesta ni algarada que estalle,
pero fuerte decisión hecha emoción.

Desciende el monje. El mundo se arrodilla.
Un cojín abre en el centro del lugar.
Baja el monje y el tiempo se acuclilla,
mientras él se apresura para rezar.

El loto ancla la carne que vacila
y enseña al cuerpo que no debe escapar;
un loto insuperable en faz tranquila,
con el cuerpo presto para ya no estar.

Ante el bonzo, la gente se detiene,
se coloca como un loto en el altar;
la nafta en su túnica se entretiene,
mientras el loto resiste sin temblar.

La bencina cae en rito cívico;
él no demuestra miedo, ni huida o temor;
la carne es polvo frente al voto íntimo,
y la mente es el templo invicto al dolor.

La gasolina lo empapa muy lenta,
penetra piel, silencio y respiración;
su carne sabe que tendrá una afrenta,
y la mente cruza umbrales sin pasión.

“Nam Mô A Di Đà Phât”, el mantra del diez
es la llama y el cometa de su fe;
aunque quemen su carne más de una vez,
su cuerpo inmóvil no se pondrá de pie.

Lo repite, y su corazón se eleva;
es mantra que ancla el espíritu en la luz;

la cerilla se enciende como prueba,
para que arda el mundo, pero no la cruz.

“Nam Mô A Di Đà Phât” es mantra en el fuego;
sus sílabas se funden con esa luz;
el fósforo desciende como un ruego
y el mundo se prende en una sola cruz.

La llama muerde túnica y entraña,
revienta el aire, le grita su visión;
pero su cuerpo ni huye ni se engaña,
permanece inmóvil en su decisión.

El fuego envuelve su cuerpo en mortaja,
pero su rostro no aprende a padecer;
el dolor lo traspasa y lo acompaña,
mas su sosiego decide no ceder.

El cuerpo se quema en un rojo brutal;
el humo escribe unos sutras sobre el sol;
arde de dolor la piel ante el final,
mientras su mente se convierte en farol.

Ni un gesto quiebra el rostro en llamarada;
siente el dolor, pero no lo puede herir;
la mente, en calma lúcida y sagrada,
vence a la parca sin dejarla de oír.

Sus ojos miran subir el incendio,
ni un músculo le traiciona en su quietud;
la violencia fracasa ante el silencio,
y el fuego agoniza frente a la virtud.

No es una muerte: es acto puro de fe;
una antorcha humana muerta en paz total.
Falleció el monje, para hacer entender
que también el alma arde por la igualdad.

La gente no entiende lo incomprendible
en un cuerpo inmóvil hecho claridad,
mas la violencia se vuelve visible
cuando la opresión fracasa ante la paz.

Las lentes graban lo que el mundo ignora.
Halberstam fija en foto el grito sin voz;
su imagen cruza los mares, quema horas,
y desnuda a este régimen feroz.

Su cámara captura sin demora;
la llama cruza pueblos sin ningún mar;
el mundo ve la fe que nada implora
y un cuerpo ardiendo educa en el despertar.

Las cámaras detienen el instante,
su antorcha viajará fuera de Vietnam;
el mundo ve, horrorizado y distante,
cómo la fe va venciendo al alacrán.

Cedió el poder, mas no cedió la saña,
la fe siguió sangrando con represión.
Vietnam cambió su pulso y su montaña,
aunque aprendió de este fuego una lección.

El gobierno hizo un gesto a la represión,
pero la sombra siguió sobre el país;

una hoguera no sofoca la opresión,
sólo deja al tirano sin su raíz.

No vive en mármol Thích Quang Đức ahora;
vive en acto realizado sin voz;
un grito mudo, que al planeta implora
libertad sin odio a diferente dios.

No es por su vida que el bonzo perdura,
es por esa ardiente muerte, en paz total;
acto puro, que alzó la fe desnuda
con resistencia, sin odio ni puñal.

Ardió un cuerpo, más nació la conciencia;
se calló un bonzo y habló la humanidad.
En el silencio ardiente de su ausencia
el mundo escuchó la palabra igualdad.

EL MENDIGO Y EL BEBÉ

Bajo lluvia espesa y lenta,
lloró un dios su nueva afrenta.
Y, entre las sobras y cartón,
retembló un pulso sin razón,
envuelto en sucia mantilla,
mostrando vida sencilla.

No había nombre ni razón,
sólo era un llanto con tesón.
Se oyó el llanto, se oyó el dolor,
y el sonido rompió el rigor.
No hubo gente ni oración,
sólo frío e indecisión.

Junto a cubos de basura
lloró la noche su hondura.
Una manta, piel mojada,
fue mortaja despreciada,
que en su mantilla calada
guardó vida abandonada.

En basura de pobreza
lloró un dios sin fortaleza.
Pasó un hombre sin destino,
sucio, frío, en mal camino.
Hambriento y dueño de nada;
sombra vieja y piel cansada.

Era un hombre hecho a la calle:
barba gris, barriga en talle.
Oyó su llanto entre el hedor,
y enterneció su corazón.
Manos rotas, gesto entero,
buscaron sollozo artero.

Recogió al bebé con piedad,
como quien salva la verdad.
Alzó al niño, sin calcular
que mamar no podría dar.

No tenía pan ni suelo,
sólo harapos contra el cielo.

Tampoco un hogar ni techo,
sólo un corazón deshecho.
No le ofreció ser su abrigo,
sólo noches por testigo.
Pero alzó contra el olvido
ese cuerpo mal nacido.

Buscó entre tanta miseria
una cuna bien ligera.
Realizó con algún cartón
la cuna, y le pidió perdón
por un lecho tan mojado,
que lo envolvió en brazo helado.

Desde entonces, fueron los dos
en contra del hambre y de Dios.
Sobreviviendo piel con piel;
dos vencidos en lluvia y fe,
en amoroso cuidado,
que el llanto dejó aparcado.

Con lactancia de vergüenza,
pan mendigo y más tristeza.
Biberón en mano ajena,
pan hurtado, suerte escueta,
y leche tibia en el chupón,
mendigada por compasión.

Pañal roto, ropa usada,
limosna nunca firmada.
Tela vieja en ropa ajena,
que ayuda, mas no condena,
con pañales de caridad
y ropa dada por piedad.

Cada donativo era un sol
contra su miedo y su control.
Cada gesto fue muralla
contra el orbe que los calla.
Cada gesto era una pared
contra el mundo y su dejadez.

Dormían a cielo abierto,
cuerpo al niño, frío muerto.
Soñando bajo intemperie,
carne humana contra nieve,
en un lugar inseguro,
siempre el cuerpo como muro.

Si llovía, puente oscuro,
soportal triste y seguro.
Un rincón para cubrirlo;
un cuerpo para esconderlo,
en busca del pobre amparo
de un portal sucio y avaro.

Nunca albergues, nunca fila,
por temor a quien vigila.
Nunca colas, nunca albergue,
por temor a quien lo entregue,

hasta alzar con tablas viejas
una choza entre las quejas.

Y construir, con barro y fe,
una chabola en el ayer.
Campo, barro y hojalata;
vidas rotas que no trata.
Descampado sin memoria,
con pobreza, misma historia.

Más chabolas igual de mal,
hundidas en grieta social.
Otros chamizos, igual fe,
igual hambre, igual porqué.
Otras sombras con mismo mal
y la misma herida social.

Creció el bebé entre cartones,
sin preguntas ni razones.
Creció el niño sin cuaderno,
pero alerta como invierno;
lo hizo sin maestro ni escuela,
pero ardiendo como vela.

Cuatro inviernos, cinco soles,
aprendiendo a ver faroles.
Cuatro años, o cinco quizá,
hasta aprender a vigilar.
Cuatro años y muchas vidas,
con sus hurtos y más huidas.

Mano alerta en el mostrador
y pan robado sin pudor.
Descuido rápido y sin voz,
arroz oculto con miedo atroz.
Mano rápida como una hoz,
hurto breve y hambre feroz.

Mendigaba con el viejo,
eco fiel de su reflejo.
Como perro sin correa
que nunca duda o pelea.
Seguía al viejo y su aliento;
lealtad como sacramento.

Era amor sin explicación,
era ley sin imposición.
Era un amor sin condición,
era hogar sin posesión.
Pero un día el hombre cae
y la calle no lo atrae.

Porque el cuerpo pasa cuentas
y la calle no las renta.
Fiebre amarga, con tos fatal,
y sirena como puñal.
Fiebre intensa, silbido atroz,
se lo llevan sin un adiós.

Manos blancas, con luz sin fe,
se lo llevan, nadie lo ve.
Gestos fríos, maniobra cruel,
y ambulancia como corcel.

El hospital, luz sin calor,
se lo traga sin un pudor.

Otras manos, frías, duras,
lo arrancaron de la lluvia.
Para el chico, otra institución,
papel gris y separación.
Documento, firma y razón,
otra forma de ir a prisión.

Al niño, otra mano fría,
otra firma, otra agonía.
No volvió a ver al mendigo,
ni su olor, ni aquel abrigo.
No volvió a oler su cartón,
ni su calor o protección.

Nació culpa sin delito
en su pecho pequeñito.
Creció la culpa, sin razón,
como sombra en el corazón.
Era un ser sucio, era animal,
es lo que oyó sin escuchar.

Todo era limpio y cerrado,
y él, muy sucio y señalado.
Todo limpio, todo mudo,
todo recto, todo crudo.
Suelo claro, pared blanca,
regla seca que no arranca.

Le lavaron piel y nombre,
pero no el miedo ni el hambre.
Allí todo era ordenado,
y él, salvaje y señalado.
Sin su cartón ni fuego fiel,
se le heló todo en el ayer.

Reglas duras, voz severa,
azote como frontera.
Rígidamente normas, castigo,
silencio como enemigo.
Represión como costumbre,
voz de orden, sin luz que alumbre.

No comprendía aquel control
sin el mendigo ni su sol.
Él no entendía aquel lugar,
ni por qué allí debía estar.
¿Dónde estaba su protector?
¿Dónde estaba su salvador?

Cuentos de hadas y riquezas,
magia ajena, falsas piezas.
Relatos y palabras falsas
de reyes y sus princesas.
Historias de gente feliz,
sin cometer ningún desliz.

Brujas, reyes, enanitos,
que en su mente son chiquitos.
Magia ajena, brillo vano,
nada habla de lo cercano.

Y él nada de eso conoció
mientras el hambre le acució.

Nadie hablaba de intemperie,
ni del cuerpo contra nieve.
Nada decían del cartón,
ni de morir de inanición.
No sabían de su dolor
al no estar con su protector.

Le mostraron animales
que nunca vio en los portales.
Dibujos, fichas, dictados,
colores difuminados
de cosas, seres sagrados,
mundos nunca caminados.

Insistieron en aprender
cosas que nunca vio nacer,
exigiéndole comprender
lo que no vio en su quehacer;
y le impusieron pronunciar
lo que nunca pudo encontrar.

Y, sin manos que protejan,
cayó en ideas que infectan.
Sin ningún brazo protector,
su alma se hundió sin un rector;
y, sin techo ni protección,
se desangró su corazón.

Puerta abierta, fallo humano,
pies pequeños, paso en vano.
Libertad, descuido leve,
piernas cortas, fuga breve.
Un despiste, puerta abierta,
corrió el niño, el alma alerta.

Voló bajo una lluvia infiel
en busca del hombre pared.
Buscó al padre que le eligió,
aquel mendigo que lo alzó,
al que lo protegió y cuidó,
que su mente nunca olvidó.

Y encontró una verdad fría:
era un muerto al que quería.
Halló un dato, un parte frío:
muerto solo, sin abrigo;
esa era su verdad fatal:
que murió solo en hospital.

Volvió al lodo, volvió al frío,
niño huérfano y baldío.
Volvió al poblado, al fracaso,
niño viejo, cuerpo escaso.
Fue al descampado y al barro,
otro huérfano en desgarró.

Con hule y cartón ajeno
alzó techo contra el cielo.
Le ayudaron a alzar pared
todos a una, con misma sed.

Le asistieron los de siempre
a alzar tablas contra fiebre.

Esperó paciente el final;
ser otro resto marginal.
Aguardó, seco el lagrimal,
ser otra basura moral.
Hasta transformarse, al final,
en niño viejo, mal social.

Pero un día, hoguera viva,
voz morena y risa antigua,
con manos grandes, gesto igual
al que tuvo en aquel portal,
una gente errante y real
lo examinó sin preguntar.

Familia de fuego antiguo,
voz materna, gesto amigo.
Una tribu gitana fiel
lo observó como a un laurel.
Era una familia errante
y el futuro en un instante.

Piel agrietada, morena,
risa antigua, mano llena.
Lo tomaron sin contrato,
sin papeles, ni relato.
Lo recogieron sin razón
y adoptaron sin condición.

No hubo ni luz ni redención,
sólo humana repetición.
No hubo piedad ni salvación,
sólo humana continuación.
No fue el fin, fue una salvación,
fue semilla y reconstrucción.

Porque, a veces, en el barro
arde un fuego sin letargo.
Y, a veces, en lo que hay roto
crece un amor más devoto,
aunque, donde todo muere,
algo oscuro aun persevere.

Y aunque el mundo reniegue de él,
la miseria tendrá un papel
sobre el marginado sin fin,
que busca encontrar un jardín.
Y así se cierra esta herida:
la ocasión es bienvenida.

LUCES DE BOHEMIA

Narración de las últimas
trágicas horas de vida,
de poesía perdida,
y de Max y sus lágrimas.

Poeta venido a menos,
despedido del trabajo,
de miseria es un pingajo,
degenerando sin frenos.

Max Estrella es poeta pobre,
que deambula por Madrid
buscando el fruto de la vid,
granate, rojizo y ocre.

Lo hace junto a un amigo,
Don Latino, el embustero,
corrupto filibustero
que convertirá en castigo.

Trae dinero de libros,
miseria que ambos enfrentan
con cuentas, que se cimentan
en engaños y equilibrios.

Max ve sin ver luz vacía;
es poeta ciego y cesante,
con burlas por ser errante
de su hambre y de poesía.

Ciego y poeta arruinado,
cambia verso en pan tardío;
le escupen su sombra y frío
por su óbolo descarnado.

Don Latino, que es gran bribón,
troca libros por migajas;

trueca cultura por pajas
y su ética en liquidación.

Zaratustra, iluminado,
compra a peso la belleza;
la miseria es su destreza,
el engaño, su legado.

Zaratustra, es fiel librero
que paga moneda ardiente
y tima, aunque estes pendiente,
o escondas tu monedero.

Entran en la librería
con legajos bajo el brazo,
y se dan el batacazo
en engaño que confían.

Los echa muy altanero:
su empresa ahorra en talento,
y el genio cobra en lamento
mediocridad sin dinero.

Deciden emborracharse,
para así matar sus penas;
entran en varias tabernas,
para beber hasta hartarse.

Noche sucia, vino y lote;
Max empeña capa vieja;
la suerte nunca aconseja
al que al nacer es Quijote.

La troca por lotería
que cree ha sido premiada,
aunque haya sido cambiada
y no tenga simpatía.

Otros beben sin empacho:
son los artistas de cartón;
gran verso, vida de ratón
con los humos de un borracho.

Por miserable discusión,
envuelto en un escándalo,
semeja ser un vándalo,
que lo condena a la prisión.

Visión de moneda ardiente,
taberna, humo y borrachera;
la culpa duerme en la acera,
prisión para el inocente.

Grito torpe con golpe cruel;
la ley cae cual martillo;
el culpable viste brillo,
mas el inocente, un cordel.

Conoce al reo catalán
que pronto van a fusilar
y, en un diálogo impopular,
hablan del dolor y su clan.

Pronto será fusilado,
mañana en alba sin nombre.

Y, mientras se mueren de hambre,
rezan al muerto callado.

Max, libre sale aparente,
viendo la farsa del poder,
que el ministro sabe vender
como corrupción decente.

Todos brindan por el genio.
Rubén y Lunares, por pan,
y por el Prado abajo van
entre arte, carne e ingenio.

Un disparo de rebelión,
un niño cae cual trapo.
El Estado se ve guapo
en su espejo con curvación.

“Somos farsa —dice helado—,
muñecos de mal espejo”.
Y el sistema, tan complejo,
lo deja morir tirado.

Muere sin haber vivido.
El país afila sentencia,
compra silencio y conciencia
con ministro bien vestido.

Niño muerto en la rebelión,
como espejo del Estado.
Max muere alcoholizado,
lleno de honda desilusión.

Muere Max en la escalera,
borracho, ciego y sincero;
Don Latino, caballero,
le vacía la cartera.

En velatorio indecente
y llanto de compromiso,
la amistad cobra recibo
por su velar al ausente.

Velatorio, ritual banal,
risas sobre un cuerpo inerte,
al genio casa con muerte;
la suerte premia al criminal.

Lotería da explicación:
el azar tenía premio.
El ladrón brinda en su gremio;
la justicia pide perdón.

La familia, en noche fría,
cierra difunta la función.
La gente aplaude la ilusión
de acabar esta sangría.

PARA MOSTRAR INDIFERENCIA, DECIMOS...

Me resulta indiferente.
Eso, a mí no me toca.
De comprometerte abstente.
Ninguno se equivoca.

Que se las apañe solo.
Ni me va ni me viene.
Necesita un protocolo.
A mí, no me concierne.

El que quiera, que se moje.
Cada cual a lo suyo.
Haced lo que se os antoje.
Eso es problema tuyo.

No me busques, no hago falta.
Cada oveja a su redil.
Tu opinión no me hace falta.
¡Ni que fueras alguacil!

Si te he visto, no me acuerdo.
Eso, a mí, no me afecta.
Siempre estoy en desacuerdo.
Mi apatía es correcta.

No interesa lo que pienses.
A mí, todo me da igual.

No merece que te esfuerces.
Pasar es fundamental.

No he pedido tu opinión.
Quien la busca, la encuentra.
Nunca estaré en tu situación.
Pasar de ti, no afrenta.

Lo mejor es distanciarse.
Para mí, ya no existes.
No es necesario pelearse.
Te dejaré, si insistes.

Para ti, todo es problema.
No sé qué esperar de ti.
Ayudar es un problema.
No vivimos para ti.

SENDERO DE BUEYES

Voy por senda, azuzando,
en un carro, con dos bueyes
a los que voy vareando
y resoplan como fuelles.

Es un camino de tierra,
de arena ocre y pedregosa,

que baja desde la sierra
en pendiente peligrosa.

Ambos lados con trigales,
replantados en barbecho,
junto a rastrojos rurales,
que carecen de provecho.

Cruje el carro cuesta abajo,
sudan la coyunda y yugo,
y eleva polvo y cascajo,
que huele a tomillo y musgo.

Trina un mirlo en la retama,
luce el sol sobre el barbecho,
y sobre el trigal inflama
cada espiga en cada trecho.

A lo lejos ladran perros,
corre el aire en la cañada,
y en la sombra de los cerros
se recuesta la alborada.

Alguien quema los rastrojos
con su lumbre sin despecho.
El fuego quema matojos
para mostrar el repecho.

La yunta suda cansina,
resoplando con bufido
de paciencia, por rutina
en sendero conocido.

Marcha el carro paso a paso,
con cadencia campesina,
marcando en el suelo el trazo
de la senda, en disciplina.

Yo canto coplas antiguas,
las que aprendí de mi abuelo,
mientras mis notas, ambiguas,
se derraman por el cielo.

Cargaré los cereales,
con el día en mi mirada
y pensamientos normales,
como lluvia acompañada.

Y, cuando ya esté completo,
subiré por el sendero,
al salir algún lucero,
de satisfacción repleto.

EL AVARO

Con las uñas de un grajo y pico rancio,
rebusca monedas como carroña.
Saco sin fondo, con un alma roña,
huele el oro en famélico remanso.

Babea ante él, cual graznido de ganso,
y al gasto gruñe como vil ponzoña,
pues pagar algo su vida emponzoña
y el dinero llora con llanto manso.

Acumula, atesora, con gran tesón,
como la hormiguita para el invierno,
y si no lo logra, abrirá un infierno
o le dará un ataque en el corazón.

Recauda dinero como un obseso;
halla en el oro paz y sepultura,
con pulso que late al son de la usura
y mide el mundo en monedas y peso.

Escudriña y corta las faldiqueras,
para poder rellenar su hucha ciega;
puño férreo, que monedas pliega
en el cofre bajo sus posaderas.

Hasta prestar un dinero le cuesta,
aunque sea con interés de usura,
y a reclamar el pago se apresura,
por si el deudor no le paga la apuesta.

Nunca ve amanecer en su embeleso,
ni de su alimentación se asegura;
su mayor placer es la cerradura
que oculta sus tesoros en progreso.

Lúgubre arcón con herrumbroso empeño,
que sujeta monedas como un clavo

y al vil metal erige trono esclavo,
donde reina avaro el mezquino dueño.

Del oro, no del cielo, es pedigüeño;
más le reza al cobre que a lo sagrado,
y en un culto innoble, ávido y sellado,
se unge pontífice en ruin desempeño.

Tiene por dios al doblón verdinoso,
lo mima, acuna con nanas y lame,
y a cada doblón que se desparrame
le ofrece incienso de sudor baboso.

Cuenta monedas cual rosario impío,
y al prójimo le niega hasta su sombra;
ni sal, ni pan compartidos le nombra;
su mano es garra y su mirar, cuchillo.

Vive con temor al pobre y al ladrón;
recela del amigo y del vecino;
compra tranquilidad como mendigo;
y pacta la paz al precio de bribón.

Mas cuando el cuerpo cruje silencioso,
no existe prójimo ni el oro acude;
si no ayudó, no hallará quién le ayude;
sólo habrá un pellejo y su arcón precioso.

Y cuando al fin se enfrente al negro sino,
dejará ese cofre intacto en su rincón,
dejándose en él su alma y su corazón,
siervo del metal hasta perder tino.

Pues, ante el soplo helado del vacío,
ni arca ni llave al tránsito le nombra,
porque la muerte se esconde en la sombra
y se morirá con su desvarío.

DIÁLOGO CON UNA TOSTADA

Meto en el tostador del pan
una rebanada a tostar;
lo enciendo con un ademán
para empezar a comentar:

“Rechinas, vieja armadura,
sobre muelles del tostador;
te hinchas de fiebre madura,
como héroe abrasador”.

Dándose por aludida,
en lugar de mi tostador,
ella se burla ofendida,
como un galante retador:

“Crujo, si estoy bien tostada,
y me asomo cuando acaba,
con una breve llamada,
que a tanto apetito alaba”.

“Sales roja y encendida
del tostador cavernario;
sales tiesa y presumida,
como un galán temerario”.

“Oh, tostada ya tostada,
alhaja crujiente y vana,
saliste del pan quemada
y hoy te eriges soberana.

Rebanada coronada,
de algún horno panadero
fuiste harina manejada
antes de costar dinero.

Aunque estés tan bien dorada,
fuiste cruda y horneada;
te crees engalanada,
en lugar de estar quemada.

Crujes como viejo grillo
si te unto grasa fragante,
te crees trono amarillo
con su corona arrogante”.

“No te engañes, tú me adoras;
me morderás y besarás;
ponme galas correctoras
y el sabor nunca olvidarás.

Si me engrasas y acicalas,
pareceré muy sabrosa;

seré princesa con galas
y los besos de una esposa.

Y me saborearás con ganas,
como marquesa golosa
que quita hambre de mañanas
con un ansia de viciosa”.

“Yo te unto grasa sagrada,
mi mantequilla celestial;
te maquillo perfumada
en un fervoroso ritual.

Te hundo en la grasa amarilla
de mantequilla vegetal,
con barniz de muletilla,
en mejor pase natural”.

Mas la tostada responde,
irritada por mi porte,
con mordedura que esconde
un insulto de consorte.

“Más despacio, bruto hambriento,
que me embadurnas sin tino”,
dice su voz, con acento
de marquesa del tocino.

La dejo en mesa, callada,
para ir por la mermelada,
y mi codo, vil espada,
lanza una torpe estocada.

La abandono en mesa lisa,
para coger la compota,
y el codillo, sin premisa,
la propina una derrota.

Juré que sería fuerte,
que nada me iba a afectar,
pero observo a mi tostada
saltar, moverse y resbalar.

Oscila, reina amarilla,
sobre el borde traicionero,
mientras mi conciencia chilla:
“¡Sálvala, mal cocinero!”.

Se inclina lenta y untada,
dramática bailarina;
la tragedia está pactada
y baldosa le destina.

“Te meces lenta y grasienta,
como actriz en melodrama;
tu caída será violenta,
si el destino te reclama”.

Y, claro, cae del lado
que tiene la mantequilla.
La física es un villano
que lleva bata amarilla.

¡La cruel ley de Murphy manda!
No hay piedad ni diplomacia;

su manteca va en vanguardia
a besar su vil desgracia.

Se cae a cámara lenta,
como en una escena de acción;
mi mente gritando: “¡SIENTA!”
con exagerada pasión.

La tostada mira el suelo,
viendo lo que se avecina,
le advierte fiera en su duelo
y santigua al ver su ruina.

“Prepárate, soy manteca,
voy primera en ofensiva.
Si tu fea faz me ahueca,
daré un golpe, destructiva”.

¡Plof! suena su testamento,
cara abajo, ley maldita,
Murphy firma el documento,
mientras mi honor se marchita.

¡Plof! estampa su manteca
contra el suelo polvoriento;
la baldosa se le ahueca
con su lustro ceniciento.

“Te lo advertí, gran idiota,
no era yo quien resbalaba;
fue tu codo, fiel mascota,
quien mi gloria derribaba”.

“Hazte otra —dice mi mente—,
no seas bestia indecente”.
Mas mi estómago rugiente
da su fallo contundente:

“No importa, si está fundente:
la maquillas otro poco
con mermelada batiente
y no parecerá un coco.

¿Vas a hacerte otra tostada
o serás fiel caballero?”.
Su voz suena a bufonada
desde el suelo traicionero.

Dudo con cruel desconsuelo,
por mi hambre, en esta locura,
y acojo el triste señuelo,
escudado en mi tortura.

“No exageres, ¡qué teatro!
Cinco segundos, qué más dan”,
mi cerebro, vil beato,
me absuelve lleno de ansiedad.

Y, solícito y hambriento,
la recojo con cinismo,
soplo heroico movimiento
como cura en exorcismo.

La alzo de estos sucios mundos
con dignidad discutible;

la miro cinco segundos
con indecisión terrible.

“Un soplido y ya está limpia”,
digo con poca convicción.
Y mi mente, con malicia,
me declara su dimisión.

“Te miro, vil rebozada,
con pelusa en la mejilla,
pareces dama ultrajada
tras motín de mantequilla”.

En el centro, un hueco pilla
manteca en suelo varada;
como una reina arruinada
tras naufragio en mantequilla.

Vuelo polvo imaginario,
soplo épico y exagero,
quito un pelo temerario
con mi dedo justiciero.

Aliso su manto agrario
con un dedo cuidadoso,
acto casi funerario,
grotesco y ceremonioso.

“Yo te alzo con disimulo,
con gesto digno de un ladrón;
soplo polvo en torpe bulo,
como imagen en procesión”.

Y el pan, burlón, me responde:
“No me he roto en esta caída,
aunque el suelo me desfonde.
Límpiame de su barrida.

¡Qué noble tu hipocresía!
Me rescatas del baldío,
pero tu ética se enfría
si tu vientre pide lío.

Sopla más, que traigo polvo,
traigo historia y traigo inquina;
tu desidia cae en tropel,
como reina libertina”.

“¿Ves? no ha sido para tanto”,
me susurro complaciente,
aunque algún resto de espanto
me sacude displicente.

“Con el noble cuchillito,
que antes hizo el maquillaje,
vierto mi rojo apetito
con mi deshonor y ultraje.

Con cuchillo reincidente
te unto fresa redentora,
en roja capa indulgente,
que mi vergüenza evapora”.

“¡Pon más fresa, gran canalla!
Cubre bien mi desventura,

para que al comerme no haya
rastros vil de mi aventura.

Esa compota resbala,
mezcla fresca con baldosa;
mi impaciencia se desata,
mas tu hambre es poderosa.”

“Eres vil, eres cochino”,
me recrimina mi juicio.
“Calla ya, que es mi destino”,
respondo con sacrificio.

La mermelada resbala
sobre polvo imaginado;
mi cerebro ya no me habla,
mi apetito le ha ganado.

“Muerdo al fin tu faz manchada,
crujes como risa loca;
sabe a gloria azucarada
con un leve ‘algo’ en la boca”.

“¿Notas polvo, caballero?
¿Notas sombra en tu deleite?”.
Callo y mastico ligero,
como una actriz sin afeite.

Cierro ojos en farsa plena
y finjo un éxtasis triunfal,
mientras trago mi condena
con un placer casi ilegal.

“Brindemos —dice burlona—
por esa ética amaestrada,
que se pliega y no razona
si hay manteca entusiasmada”.

“Oh, tostada rescatada,
bufón épico y hambriento,
eres fresa y eres nada,
eres gloria y pavimento.

Si la risa me acompaña,
es por tu hazaña indecente,
pues la mesa fue montaña
y el suelo tu pretendiente”.

Come el guarro su vergüenza,
con manteca y mermelada,
y su moral le dispensa,
si su tripa está enfadada.

Y así acaba el desayuno,
entre risa y desvarío:
“ella en un triste embetuno;
yo, vencido como un crío”.

LA COMUNIDAD

Esta es la historia de una comunidad de vecinos,
una de tantas de las existentes en el mundo;
inmundas exigencias en manicomio infecundo,
en donde se cruzan y entrecruzan muchos destinos.

En sus rellanos se cruzan vidas con paso leve:
la compra, el beso robado y prisa que el turno afana,
con mirilla entreabierta, que cela cual ventana
y aprende el eco de los nombres de paso al inmueble.

“Yo pago comunidad con puntualidad sagrada,
pues el orden es cimiento de la civilización”,
protesta el del principal con religiosa convicción,
aunque debe recibos y oculta la deuda inflada.

“¡La derrama es un atraco! —clama uno en la escalera—,
la bajante sólo pierde desde hace diez inviernos”.
Y otro replica: “los sótanos parecen infiernos:
el moho hace asamblea y la humedad es bandera”.

Sube una abuela despacio, con nietos en bandada,
que alborotan vecinos, ensayan revoluciones,
y padres que rigen con silencios, obligaciones,
sonrisas de foto fija y su paciencia alquilada.

“Mis hijos no hacen ruido, practican libre armonía”,
susurra el del cuarto A con hipócrita propaganda.
Retumba su casa, como tropa que se desmanda,
y su techo aprende a temblar con marcial agonía.

Los jóvenes bajan tarde, aroman la madrugada
con risas y promesas de gloria en bares inciertos,
y el quinto, al escuchar sus pasos, los cree conciertos
que a su memoria traen otra piel ya clausurada.

“Los jóvenes son vicio —sentencia voz jubilada—,
regresan oliendo a noche y música delincuente”.
Y el del ático se ríe: “usted fue más imprudente,
pues guarda en la memoria su revolución frustrada”.

Se agrupa el primero con tertulia siempre encendida,
crítica en voz de miel y sentencia de guillotina,
mientras el del bajo, con su fe casi clandestina,
lo ataca como reino con frontera compartida.

Hay quien jamás saluda, se encierra como una herida,
pasa y pasa sin rostro, fantasma de portería,
declina la palabra, rehúye cualquier cortesía
y clausura su universo con doble vuelta y huida.

“Cada cual a lo suyo”, murmura el del entresuelo,
reloj de sonería, saludo siempre abolido,
que entra y sale sin rostro, disciplinado y erguido,
como si el mundo exterior le clavara un desconsuelo.

Caseros que presumen de escritura rubricada,
inquilinos que calculan la fianza y su mudanza,
realquilados que alquilan su cama y su esperanza
y el okupa que proclama su épica improvisada.

“Propietario es quien decide”, proclama el del segundo,
alzando su escritura cual si fuera testamento.

Y el realquilado responde: “pago por el fragmento de un cuarto sin luz ni armario, pero habito este mundo”.

“Okupa es quien resiste —recita voz insurgente—, pues el banco abandonó la casa por avaricia”.
Y el banco, que nunca asiste, ejecuta con pericia, mientras el barrio debate su ética nuevamente.

“La escalera está sucia —acusa el del sexto indignado—, yo sólo friego mi tramo, no el barro de los demás”.
Y el polvo, fiel demócrata, se posa siempre, además, sobre el mármol que presume de brillo administrado.

Si el mármol luce brillante por mano limpiadora, se celebrará el prodigio con tibia diplomacia, pero al primer papel suelto surge la suspicacia, como hiedra que en un muro prospera acusadora.

La junta convoca su asamblea reglamentada;
la escalera es parlamento de furia repartida;
la derrama es anatema que incendia su guarida;
y las cuentas se vuelven tragedia presupuestada.

Que si urge la cornisa o la bajante ya agoniza;
que el ascensor suspira con metálica dolencia...
mas nadie quiere abonar la prudente diligencia
y la luz fundida reina como oscura cicatriz.

“Se abre la sesión —proclama el presidente cuitado, con libro de saldo y gesto de prócer investido—, ruego orden y compostura en el debate debido”.
Y el quórum le responde con murmullo desatado.

“Primer punto: la fachada —lee en tono aplicado—. Se nos cae a trozos nobles con vocación de ruina”.
“¡Que nos la pague el seguro!”, masculla voz vecina.
Y el seguro, ausente y mítico, ya ha sido invocado.

“No dramatice, señora —le pide un propietario—, mi balcón está perfecto, su grieta es cosa menor”.
“Su raja es como su ética —replica el del interior—: empieza sigilosa y acaba en confesionario”.

“La derrama es innegable —sentencia tono legal—. Serán treinta cuotas con un importe moderado”.
“¡Moderado es mi paro! —protesta el desempleado—
Que ese recibo es guillotina con barniz vecinal”.

“¿Y los ruidos del ático? —insiste el sexto severo—. Perturban mi sagrada siesta y mi tensión arterial”.
“Su siesta es bien común —ironiza un joven muy genial—, pero su tele suena como grito verdulero”.

“El ascensor agoniza —dictamina uno hastiado—, haremos penitencia si no cambian la polea”.
“Que suban por salud”, aconseja voz europea;
y la abuela del cuarto bendice el suelo fregado.

“¡Hay pisos realquilados! —denuncia el del principal—, que estropean el mármol con humillante camino”.
“Estropean tu soberbia —responde otro inquilino—, que el mármol no es abolengo ni el padrón es catedral”.

“¿Y el okupa del tercero? —preguntan *in crescendo*—. ¿Pagará lo que le toca o citará una utopía?”.

“Pagaré si pagan los bancos, vieja hipocresía”,
dice el okupa, cicatero, a la ética aludiendo.

“Se vota —ordena el jefe con temblor protocolario—.
Manos alzadas, sin trampas, y que conste en acta fiel”.
Pero cuentan como quieren, con aritmética cruel,
y el acta nace ya coja, aunque luzca formulario.

“Cambiad esa bombilla —implora una voz temblorosa—,
que subir a oscuras huele a novela policíaca”.
La junta calcula, con prudencia burocrática,
que es gasto innecesario en economía piadosa.

“Proponemos comisión —florece un voluntariado—
que estudie la luz en la escalera y timbre en el portal”.
La comisión se disuelve por conflicto personal,
pues nadie quiere estudiar lo que debe ser pagado.

La sala huele a colonia, a café y resentimiento;
cada frase es bisturí con funda de cortesía;
se ensaya democracia con pulso de tiranía
y el quórum es un misterio de alquimia y reglamento.

“Las visitas me incomodan —protesta el del primero—.
Sus besos y maletas congestionan la escalera”.
Y otra, cruel, le replica: “su perro ladra a cualquiera
y a su suegra ha instalado por tiempo muy duradero”.

Se cruzan los reproches con cortesía sufrida,
sonríen mostrando esmalte y afilan dentadura,
y el rellano es quirófano de hipócrita impostura,
donde cada cual disecciona ajena biografía.

“Se levanta la sesión”, proclama el líder cansado,
con papel ya sin prestigio ni fe en la arquitectura;
y el rellano, satisfecho, en tragicomedia oscura,
aplaude la luz muerta en su destino administrado.

Y así, en teatro grotesco de una mirilla entornada,
la finca ensaya su farsa de amable convivencia,
mientras late en cada piso la típica violencia
de especie que se nombra civilizada y cercada.

Los niños juegan a guerras que son algarabía;
los adultos libran batallas administrativas;
y los ancianos cuentan nostalgias competitivas
con la épica de un pasado que nadie compraría.

Vienen visitas de primos, novios y de cuñada,
con besos de aeropuerto y maletas rumorosas,
que el rellano metaboliza en crónicas jugosas,
que nutren la semana con charla condimentada.

Y el edificio entero, república escalonada,
finge ser comunidad con barniz de convivencia,
pero late en cada puerta la vieja indiferencia
de una humanidad vecina, cordial y acuchillada.

(EPÍLOGO: VOZ DEL EDIFICIO)

“Soy ladrillo paciente, con cemento sostenido;
arteria vertical, donde vivís vuestra comedia;
casa que aprende pronto la doctrina de la media:
verdad que cada vecino proclama en son manido.

He escuchado promesas barnizadas de cinismo
con pactos, sonrisas y un puñal administrativo;
la ética que se alquila con contrato transitorio
y orgullo propietario vestido de catecismo.

Hay niños que conquistan el peldaño como un reino,
ancianos que descienden como quien baja al pasado,
un joven que vuelve ebrio de futuro improvisado
y el adulto que finge no temer ningún desvelo.

Conozco al fantasma que entra y sale sin un saludo,
la puerta que se blindo contra el prójimo inmediato,
el saludo que se niega por sistema y contrato,
mientras el miedo se instala cual huésped testarudo.

Me cubrís con vuestras juntas, con actas y sellado,
derramas que desgarran más que el yeso desprendido,
y discutís la bombilla con fervor desmedido,
mientras su sombra os retrata en claroscuro afilado.

Yo he visto al propietario citar leyes como escudo,
al inquilino el alquiler con liturgia discreta,
al realquilado plegar su esperanza en maleta
y al okupa sostener su razón como un embudo.

No sois monstruos singulares ni héroes de epopeya;
sois apenas humanidad con buzón y mirilla;
un coro desgarrado por una simple bombilla,
que se absuelve cada noche con sábana plebeya.

Y aunque fingís convivencia en barniz y protocolo,
sé que en cada rellano late el miedo al estatuto,

mas también una brasa que resiste en atributo
de estúpida especie que se aísla, aunque nunca esté sola.

Porque cuando el ascensor calla, la noche se aquieta
y el último son cesa su dictado en la escalera,
os oigo respirar juntos, cual frágil tribu hortera,
como si amar al vecino fuera empresa secreta.

Soy la casa que os contiene con paciencia mineral,
la memoria que ni vota, ni calcula o condena.
Si podéis ser vecinos sin máscara y escena,
quizá mi vieja escalera sea un templo horizontal”.

AMOR EN UN VELATORIO

El amor es un ataúd cerrado:
si caben dos, no asusta tanto el miedo;
mas si uno queda fuera del enredo,
¡qué estrecho se hace el lado equivocado!

Todo ocurrió durante un velatorio;
después, tan sólo un recuerdo y mi carta,
la que te escribí —mi juicio lo aparta—
porque allí comenzó mi purgatorio.

Gemía yo... pero por el *catering*,
que parecía querer hacer *zapping*

con sus canapés, en un triste camping
y falso jolgorio pobre y danzarín.

El muerto, discreto, no se alteraba,
ni interrumpía en su ataúd abierto.
Más parecía dormido que muerto,
mientras el mundo a su lado marchaba.

Nadie sabía a quién mirar primero:
si al féretro o a su propio reflejo;
cada cual componía su manejo
de duelo social, correcto y ligero.

Muy bajito decían que marchó en paz,
como si aquella paz fuera tan frágil
y pudiera romperse, torpe y ágil.
Mejor: en vida fue ave rapaz.

Mas el reloj insistía en avanzar,
aunque allí ninguno tuviera prisa,
pues en todo duelo hay cierta divisa:
indecoroso es el primero en marchar.

Tú llorabas porque él era tu tío;
y tu llanto resultó enternecedor.
Te ofrecí un pobre canapé salvador,
en un impulso muy torpe y tardío.

Entre coronas fúnebres y frío,
cruzamos miradas casi fatales,
disfrazadas de gestos informales,
que ocultaban mi leve desvarío.

Creo que fue amor a primera vista...
o tal vez fuera una simple miopía;
y nunca lo sabré con garantía,
mas mi corazón firmó la conquista.

Tus ojos eran luciérnagas tristes
atrapadas entre tantos cuidados.
Los míos eran faros apagados
en noches torpes llenas de despistes.

Para romper el silencio, imprudente,
te pregunté con un gesto ligero:
“Si muriera, ¿vendrías a mi entierro?”,
sabiendo lo absurdo del precedente.

Tú suspiraste con falsa gravedad:
“Sólo con una condición precisa”.
“¿Más canapés?”, pregunté con sonrisa.
“No, que haya croquetas en gran cantidad”.

Ahí lo supe, sin duda ni medida:
eras un amor digno de memoria.
Bailamos discretos, casi en euforia,
junto al ataúd, burlando la vida.

El sacerdote tosió y carraspeó;
tu abuela nos juzgó con su mirada;
mas, como el difunto no dijo nada,
ningún allegado nos interrumpió.

Robé a una corona flor marchita
y te la ofrecí con gesto sincero;

detalle fúnebre, leve y certero,
que tu sonrisa torcida acredita.

Me juré un amor eterno y profundo,
hasta que la muerte nos separara...
y antes de que su responso acabara,
descubrí que deliraba en mi mundo.

Tú me recordaste dónde estábamos,
y descendí de mi nube obediente.
Se apagaron las luces lentamente;
tal como empezó, nos alejábamos.

Al final, todos volvieron a casa
con sensación correcta en el bolsillo,
tal y como quien se guarda un recibo,
aguardando hasta la siguiente farsa.

Muy pronto, alguien ocupará su silla.
La vida tiene indecente costumbre
de hacernos pasar por su servidumbre,
y todos pasaremos por capilla.

Las flores se marchitarán en orden;
por desgracia, mi memoria no tanto.
Y aun así duele, mas no pierde encanto,
aunque haya muerto sin flores que asombren.

Porque el amor es como aquel velorio:
si es compartido, alivia el desconsuelo,
pero si se ama solo, es desvelo
en un gran salón muy frío y mortuario.

CRÓNICA AL VIENTO

¡Buenas tardes, señoras y señores,
el sol se refleja en verde tapiz!
Hay blancos y rojiblanco colores.
Ya suena el silbato: comienza el desliz.

¡La afición retumba sobre la grada,
rueda el balón bajo cielo encendido!
Blanca la escuadra, rojiblanca alzada,
hierve el estadio, comienza el rugido.

Toca la blanca con pulso sereno,
no es ya sereno, es un toque ligero;
cruje la bota, se enciende el sendero,
es el toque de un campeón liguero.

Rueda la esfera, planeta pequeño,
bajo la bóveda clara del cielo;
la blanca avanza en marcial desempeño,
en bello ataque con firme desvelo.

Abre a la banda, progresa el extremo;
sale el defensa, barrido certero
y el cuero vuela cruzando el terreno,
pero se escapa rozando el larguero.

La rojiblanca, de acero ceñida,
corta en el centro con filo tajante,
quiebra la muralla, abre la salida,
lanza a su ariete feroz y vibrante.

Corre cual rayo partiendo la bruma;
queda frente al arco, ruge la ocasión;
disparo furioso que truenas y suma...
¡Mas vuela el guardián en mártir extensión!

Se alza en el aire cual águila en guerra,
araña el ángulo, vence al vecino,
salva a los suyos, sacude la tierra,
retumba un trueno en clamor peregrino.

No cede la blanca. Un toque templado
conquista terreno, somete el compás;
un giro, un quiebro, defensa doblado,
centro que se cruza cortando el solaz.

Llega un zaguero con quite violento,
se abre al costado, galopa el puntero,
lo dribla en toque ágil el delantero,
y prosigue en marcha a su derrotero.

Quita en el centro la franja rayada,
mete el cuchillo por medio del campo,
filtra un envío con seda afilada,
corre el ariete rompiendo el atranco.

Recupera el medio, garra encendida,
roba en la zona central del combate
y lanza un pase que parte la vida;
el delantero dispara... ¡remate!

¡Corta el guardián rojiblanco en el suelo!
Se estira felino, para el disparo;

ruge la grada, retumba en el cielo
como un tambor que no sabe de amparo.

¡Chuta! ¡Ataja el guardián blanco con celo!
Vuela en paloma de furia infinita;
araña el ángulo, besa el desvelo,
salva a los suyos con garra bendita.

Responde el bando de blanco temido,
toca y retoca con ritmo creciente;
recorte elegante, defensa hundido,
tiro potente... ¡rozando el pariente!

Ahora responde la franja encarnada,
cruza el esférico al flanco derecho,
regate firme, cintura quebrada,
cae el zaguero... ¡qué lance bien hecho!

Saque de banda, presión en la esquina,
forcejeo brusco con choque frontal;
es amarilla, tarjeta divina,
el árbitro impone su ley imparcial.

Tiro de esquina para el cuadro claro;
sube el central como torre guerrera;
golpe potente, testarazo raro...
¡El balón choca contra la madera!

Salta su ariete, martillo de altura,
chuta la esfera con fe desmedida...
¡Gol sacude la férrea estructura!
¡La red es bandera, gloria encendida!

¡Uuuy! La pelota besó la madera;
tiembla el larguero con voz de campana;
gime la hinchada, se muerde la espera,
y arde la grada en la tarde temprana.

Se enzarzan entre los medios guerreros,
choques de acero en la zona caliente;
cae uno al suelo, protestan severos...
¡Nueva amarilla en el borde del diente!

Centro medido viaja en parábola,
salta el ariete con furia bravía,
cabezazo y trayectoria diáfana...
¡GOOOL! ¡Y la red canta su melodía!

¡GOOOL rojiblanco que parte la tarde!
Explotan las gradas en rojo clamor;
la guerra se enciende, nadie es cobarde;
se quema la sangre con noble furor.

Se adelantan rojiblanco valientes;
vibra el graderío con rojo clamor;
la blanca se agrupa, aprieta los dientes,
promete batalla con noble furor.

Dura poco la ventaja primera,
pues la franja alza el pendón encarnado;
córner al viento, parábola fiera,
cabeza implacable, chute sagrado.

Luchan titanes en zona candente,
con choques de hierro en batalla frontal;

cae uno al césped, protesta la gente...
¡Amarilla al filo del juicio arbitral!

La blanca insiste, combina y progresa,
filtra envío que rompe la línea;
mano imprudente, protesta... y sorpresa:
¡Penal pitado! La grada se inclina.

Silencio espeso, carrera medida,
toma distancia el dorsal delantero;
dispara rasante en fe decidida...
¡GOOOL! ¡Consiguen un empate sincero!

Tiempo avanzado, tensión en la brisa,
córner rojiblanco cruza la tarde;
los blancos lo despejan con divisa,
en contragolpe que nadie resguarde.

Tiro de esquina de la rojiblanca;
sube el central como torre altanera;
vuela el esférico, curva que arranca,
cabezazo seco... ¡red prisionera!

¡GOOOL rojiblanco que parte la bruma!
Estalla el graderío en rojo clamor,
tiembla la tierra, la sangre se suma
y golpea en la tarde con su tambor.

Pero la blanca no baja la frente;
muerde el partido con rabia encendida,
triangula y rompe la línea de enfrente,
y hiere la férrea espalda dormida.

Dos a uno llegando al final de etapa.
Suenan el silbato que marca el descanso;
corren al túnel, se enfría la capa,
mientras comentan el pulso y su ocaso.

Regresa el juego, brío renovado;
la blanca presiona, la otra resiste;
regate arduo con defensa quebrado,
pero el portero valiente persiste.

Contra veloz de la franja listada:
tres toques precisos, avance urgente;
sale el guardián con salida arriesgada
y salva en un mano a mano valiente.

La defensa hace un cierre de cerrojo
con el apoyo de los laterales;
epopeya numantina de enojo,
que durará unos segundos vitales.

Mientras cada chute no encuentra malla,
los centrales en regates se enzarzan,
los extremos corren y dan la talla,
y arqueros con ojo avizor descansan.

Corre el puntero, desborda la raya,
centra con su veneno en el área;
falla el defensa, la marca se ensaya...
¡Disparo cruzado en red solidaria!

¡GOOOOL de la blanca, que enciende el sentido!
Explota el estadio en blanco estallido;

los suyos se abrazan con desatino;
la franja responde en brío encendido.

Empate fiero que incendia la tarde:
uno por equipo en duelo salvaje.
Rueda el reloj con latido cobarde
¡sin descanso tras su duro pasaje!

Último lance, balón al área,
choques, despejes y fe desmedida;
falta y una barrera necesaria,
vuela el esférico... ¡roza la vida!

No dan tregua en esta guerra sin pausa,
más vertical, más feroz la batalla:
la blanca presiona con fe sin causa,
la roja le responde y no se calla.

Regate eléctrico, quiebre en cintura,
cae un defensa, el área respira;
mano a mano la grada con locura...
¡Milagro del guardameta que gira!

Se lanza al suelo y lo desvía fino,
salva a los suyos con gesto imposible;
ruge la grada, retumba el camino
con un pulso ardiente e imprevisible.

Centro rasante que cruza el infierno,
mano imprudente detiene el camino;
clama la grada, el silbato es eterno...
¡Penal marcado que rompe el partido!

Abre a la carrera la roja raya,
con caras serias y rostros furiosos,
sin dejar un resquicio en la muralla
y pases por alto muy tendenciosos.

Silencio espeso, tensión suspendida;
tres pasos cortos, mirada tajante;
disparo seco, sentencia prendida...
¡GOOOL! que termina en un grito vibrante.

Pero la franja no inclina su frente;
lanza balones como flechas al sol;
centro medido, remate valiente...
¡Milagro del meta que salva el control!

Minutos finales, temblor con prisa,
falta en el borde del área rival;
la barrera tiembla con su divisa...
Chute a puerta que besa el poste final.

Tiempo de descuento, la franja lanza,
centro al segundo, remate violento;
sale el portero en última esperanza
y en el aire lanza puños al viento.

Despeje largo, contragolpe blanco;
tres contra dos, galopada suicida;
pase filtrado, que cruza el barranco
dejando detrás la zaga partida.

Disparo cruzado corta la brisa...
¡GOOOL de los blancos que estalla sin freno!

Revienta la grada en blanca sonrisa;
resuena el estadio en estruendo pleno.

Se vuelca la franja desesperada,
llueven balones cual meteoritos;
choques, despejes, defensa cerrada,
córneres, voces, gritos infinitos.

Última falta al borde del área:
barrera tensa, latido en cada sien;
vuela el disparo con furia incendiaria...
¡pero falla, rozando el poste también!

Se agota el aliento sobre el entorno;
el juez revisa el tiempo, alza la diestra;
¡el árbitro ve el reloj sin adorno!
Un final blanco en jornada maestra.

Examina su cronómetro atento,
lleva el silbato a la boca encendida,
con pitido que congela el momento.
Al final, blanca victoria sufrida.

Aquí se despide quien ha narrado
cada jugada que ardió en la contienda.
Desde la radio les hemos llevado
la épica viva que el fútbol encienda.

Ahora, apagaré mi voz desbordada
con la garganta partida en su clamor;
les transmití el viento desde la grada,
en una jornada de fuego y honor.

SUEÑO DEL APRENDIZ DE BRUJO

Anoche, al fin dormido, soñé un mundo extraño,
colmado de armonía latiendo en mi caudal,
fantasía encendía su pulso pastoral,
y el tiempo galopaba montaraz y huraño.

Acababa de oír la excelsa Sinfonía,
pastoral sublime del titán Beethoven,
que en Fantasía alzó, con el mágico joven
Walt Disney, su aire de celeste melodía.

Quizá por ese influjo, mi sueño fue raro
y latía en mi pecho un júbilo musical:
claras flautas bordaban un soplo celestial
y el cielo se abría vasto, solemne y claro.

Crucé regiones altas, de éter encendido;
vi las nubes desfilar en fuga sideral;
la luna y el sol giraban en una espiral,
dorando el firmamento en ámbar derretido.

Yo viajaba en la luz, sin herida ni engaño,
con horas disueltas en un cauce sideral;
los planetas danzaban en ronda musical;
y el tiempo era avenida sin sombra ni daño.

Vi faunos ebrios de savia y de primavera,
centauros en prados de hierba y azucena,

espumas que guardaban cantos de sirena...
y lloré de embriaguez bajo la luz primera.

Ángeles y demonios cruzaban el dintel
del azul en vuelo solemne y encendido;
sátiros tañían su caramillo erguido
y Pan los conducía con flauta de oropel.

El cosmos era un vívido espejo sonoro,
que ardía con la sangre rítmica del día;
corría por mi piel cual torrente, en orgía
de luminosa luz y musical tesoro.

Descendí por campiñas de hierba ondulante;
seguí un río de nácar, cristalino y fugaz;
las fuentes rezaban con un susurro tenaz
y el aire era una flauta de soplo brillante.

El paisaje se mecía en clara armonía;
desde las rocas fluía cristal a la arena;
se escuchaban cantos sin sombra ni condena;
y el mundo era cítara viva que latía.

Fui por un sendero de trébol y rocío,
siguiendo ese río de nácar transparente
hasta una gran boca como un diente doliente,
una gruta abierta de aliento oscuro y frío.

Era una boca pétrea y muy traicionera,
abierta en la montaña como herida glacial;
me atrajo con hálito fétido y sepulcral
y un frío me cercó con garra prisionera.

La música se tornó latido sombrío,
el aire se espesó con un aliento mortal;
mi pecho se oprimía bajo un peso brutal,
y el gozo fue ceniza sobre un polvo frío.

Entré. Todo era sombra sin llama ni farol;
palpé la roca húmeda de subterráneo;
mi aliento sonaba profundo y casi insano,
y el miedo me mordía más hondo que un crisol.

Rasgué telarañas de seda polvorienta,
oí crujir los insectos bajo un eco espectral,
la música latía con pulso funeral
y mi valor temblaba en llama macilenta.

Noté reptar serpientes con seco cascabel;
la sombra emanaba salobre podredumbre;
cada paso me hundía en lóbrega penumbra,
erizando mi sangre con temblor en mi piel.

La cueva daba a una cámara encendida;
antorchas en los muros sangraban claridad;
la piedra devolvía rojiza eternidad
y otra estancia surgía en gradas esculpida.

Unían su altura cuatro gradas de piedra,
talladas de una forma bastante rústica;
de allí salía una claridad acústica
del caer agua en una pileta lastimera.

Cuatro escalones, esculpidos en la roca,
conducían hasta el ámbito silencioso,

donde un fuego lamía un caldero ominoso
con hervor rojo de latido que convoca.

Hallé mesa, camastro y una silla en quietud;
cubos formados como ejército dormido;
expectante fregona en círculo tendido
y un caño fabuloso vertiendo su inquietud.

El caldero bullía con furia hechicera,
el fuego lo ceñía con lengua candente;
y yo, fascinado, me sentí omnipotente,
soñando ser señor de la fuerza primera.

Servil, tomé la humilde escoba del becario,
barrí la roca húmeda con un polvo ancestral,
llené un cubo en la pila de cauce musical
y quise dominar lo arcano y visionario.

Probé con el cucharón el líquido hirviente,
ardió mi torpe lengua con súbito dolor,
lo lancé con un impulso ciego de pavor
y empapó la fregona y cayó al cubo, ardiente.

Al punto se agitaron con sed desmedida,
les brotaron brazos de impulso desatado,
la mopa tuvo piernas con paso dictado
y el agua comenzó su danza repetida.

Mil fregonas brotaron en rito sectario,
con sus brazos y manos alzadas con furor;
subían y bajaban la grada con clamor,
cargando agua a ritmo marcial y temerario.

Desfilaban en fila con ritmo obstinado,
con cubos llenos de agua del caño incansable,
que descargaban con rapidez admirable;
y el suelo fue espejo de caos desbordado.

En una música con un ritmo ostinato,
repetitivo, que le daba continuidad,
subían la escalera con gran velocidad
a recargar los cubos con mucho aparato.

Se multiplicaban con paso decidido,
cargaban el agua del grifo inagotable,
volcaban los cubos en un ritmo implacable
y el suelo se hundía en un caos sumergido.

El agua me cercaba con furia creciente,
las fregonas marchaban sin pausa ni razón,
yo casi me ahogaba en líquido con clamor
y el fuego moría bajo el agua insistente.

Grité angustiado entre la espuma y oleaje;
la música rugía con hierro y tempestad;
sentí que me tragaba la fría inmensidad
y el sueño era un naufragio sin puerto ni anclaje.

Fiero y severo, apareció el brujo en la entrada.
Su túnica era sombra de trueno y tormenta.
Y alzando su bastón con cólera violenta,
calmó la marea con ira concentrada.

Secó la inundación con gesto soberano;
las fregonas cayeron sin alma o latido;

me señaló la salida con dedo enfurecido;
su mirada ardía cual hierro sobre el llano.

Me observó humillante, muy furioso y divino;
me expulsó con dura voz; dictó mi humillación
con un gesto de encantamiento y de sumisión;
y en burro me tornó con rabo y cruel destino.

Me dio orejas y rabo de asno avergonzado;
soldó en mis manos unas mazas de herrería,
alzando ante mis ojos un yunque que ardía;
y ordenó mi castigo con un gesto airado.

Mazos se soldaron a mis manos con ardor;
un yunque suspendido ardía al rojo vivo;
debía golpearlo en pulso compulsivo:
clin, clon, marcando el trote de férreo tambor.

Clin, clon, como caballo de hierro y de sudor;
clin, clon, repetido mandato vengativo.
Con un martilleo cansado y fugitivo,
mi culpa era ese ritmo de bronce y de dolor.

Golpeé en el hierro candente suspendido:
clin, clon, como cascos al trote en la llanura;
clin, clon, repetición de culpa y desventura;
mi pecho era un tambor por el miedo vencido.

Mas cuando mi ánimo yacía derrotado,
apareció una luz brillante, inmaculada,
tocó con su vara mi frente castigada
y el yunque se hizo polvo bajo su dictado.

La luz surgida en la bruma era una dulce hada
con vara luminosa de azul fulgurante;
su gesto fue caricia de aurora brillante,
que alzó sobre el yunque con música sagrada.

La música cambió a un júbilo radiante;
un himno abrió el cielo con gloria desatada;
mi miedo fue ternura en gracia transformada
y desperté alegre, feliz y deslumbrante.

Aun resonaba en mí aquel himno floreciente,
explosión alegre, radiante y encendida,
que hizo de mi angustia memoria redimida
al despertar feliz, con el alba en la frente.

LA SEGUNDA CRUCIFIXIÓN

Te coronaré de zarzas y espinas,
para volverte tan loco como yo;
pues tanto sacrificio a nadie sirvió
y estarás sujeto a mis disciplinas.

Para que sepas quién es el que manda,
después te crucificaré en recuerdo
de tu crucifixión por desacuerdo
y lo sufrido por tu propaganda.

¡Pronto! —me digo—. Acabemos la escena.
La corona levanto ensangrentada
con la sangre de mi mano apretada,
para que en tu frente se vea plena.

Me hiero al trenzar cada tallo amargo.
¿Lo ves? Mi sangre empapa tu corona
y aun tu silencio frío no perdona,
ni alegas nada para tu descargo.

¿Servirá tu sangre recién brotada
para lavar la humanidad obscena
que tan sólo alaba tú última cena
y vive sorda, trágica y cegada?

Aprieto más. Las púas se deslizan
sobre la sien de yeso y de peluca;
mi pulso tiembla, el corazón se ofusca,
mis pensamientos hierven y se erizan.

¡Sufre!, te grito, mientras se deslizan
mis dudas por la estancia que me ofusca.
Pues siglo tras siglo el hombre te juzga
y en tu silencio eterno se eternizan.

Ahora, te coronó rey de la gente
con trenzas vivas de punzante espina;
que tu sangre brote roja, asesina,
y enloquezcas rendido ante mi mente.

Te quiero rey del mundo y de mi llanto,
rey del dolor que dentro me devora;

serás mi Dios y yo quien te corona,
pues, si he de adorarte, será en espanto.

¡Mira la púrpura que te desgarrar!
La hice con manos rotas y furiosas,
como palabras frías, rencorosas,
en cada espina que tu sien desgarrar.

Que sientas, como yo, feroz y ardiente,
la idea fija, oscura y repentina,
de estar bajo mi pulso que domina
y me proclama dios omnipotente.

Seré tu ley, tu voz y tu destino;
mi voluntad te forjará en la pena,
hasta que me libres de esta condena,
como un herrero trágico y divino.

Te ciño espinas, ¡mira cómo sangro!
La trenza muerde viva mi corona;
mi sangre es caliente, mas no perdona,
y aun callas, frío, inmóvil como un mármol.

Te nombro rey del mundo que desangro,
rey del dolor que en mi interior resuena.
Si he de llamarte Dios, será en mi pena,
porque hoy mi mano es ley y yo te mando.

¿Lo oyes? Yo mando; dicto tu agonía.
Fui siervo fiel, creyente arrodillado,
mientras Tú me abandonaste olvidado
y hoy soy el pulso cruel que te vacía.

Hoy mando yo. ¿Lo entiendes? Yo te mando;
yo dicto ley; yo marco tu destino.
Te hice de yeso, fiebre y desvarío.
Antes fui tu siervo, ahora soy tu amo.

Después, sobre la cruz, tu carne ajena
alzaré el eco antiguo del camino
de locura que lleva al desatino,
que yo crucé en mi infancia de condena.

Te clavaré en la cruz, que está esperando
—dos troncos secos, cruce de caminos—;
y te alzaré a golpes entre cretinos,
para que ellos te sigan adorando.

Te alzaré en alto. El mundo te contempla.
Dirán que eres imagen venerable.
No verán que esta rabia despreciable
es más real que el yeso que te templa.

No me mires así, crucificado;
me vuelve loco cómo yo vivía,
por creer que al servirte no sería
obseso de tu reino no alcanzado.

Aprieto más. Que entren bien las espinas.
Que sientas en la sien mi pensamiento
cuando devuelves hielo a mi lamento.
Cada púa es un grito que asesina.

¡Habla! ¿Te arde la frente que iluminas?
¿No sientes este ardor que me devora?

Te hice con fiebre, barro y con horas
de fe de mis lágrimas clandestinas.

Mira este hierro antiguo y oxidado.
No es sólo clavo: es odio acumulado.
Es cada duro golpe que me han dado,
es ese perdón jamás pronunciado.

Te clavaré despacio. Cada herida
será memoria viva de mi historia:
la mano alzada, el grito sin victoria,
la fe quebrada, amarga y malherida.

Tanta será la sangre ya vertida
como la que empapó mi amarga euforia
al combatir, ingenuo, en la ilusoria
batalla por salvar toda otra vida.

Cada martillo vibrará en tu cuerpo;
no por la madera ni por el hierro,
tampoco por tu posterior entierro,
sino por mi delirio siempre acerbo.

No es sólo clavo: es mundo en su destierro,
es odio acumulado en lo superfluo,
es el sentimiento en cada individuo,
es rabia vieja convertida en yerro.

Gritarás —aunque sé que no respiras—
con la mudez terrible de la imagen;
y el agua y sangre, en lúgubre oleaje,
brotarán como todas mis mentiras.

Te daré hiel, vinagre y viejas iras,
para que pruebes, triste personaje,
la acidez cotidiana del ultraje
que el mundo bebe mientras te retiras.

Tú serás mi obra cumbre; mi venganza;
la encarnación del dolor repetido;
la conciencia del hombre arrepentido
en siglo tras siglo, lanza tras lanza.

Mas el gentío, torpe y distraído,
verá tan sólo forma y semejanza;
una imagen de bienaventuranza,
no dolor depositado y hundido.

Dirán: “Es Cristo, el mártir doloroso”.
Verán tus manos tensas, suplicantes,
tus piernas curvas, rígidas, punzantes,
tu gesto místico, solemne y hosco.

Mas no verán el fondo tembloroso:
que en cada veta y surco lacerantes
hay odios, culpas, miedos arrogantes
que a todos crucifican rencorosos.

Acariciarán la áspera corteza,
sin comprender que es vida desgarrada
dentro de Tú imagen que, al ser sagrada,
nos mostrará su trágica pobreza.

Confundirán tu lágrima salada
con arte fiel, con técnica y destreza;

sólo contemplarán su arte y pureza,
sin ver que es su conciencia desangrada.

Y yo, tras tanto oír sus opiniones,
dudaré al fin de mi verdad secreta;
quizá me llamen loco y la saeta
de su razón me parta en dos mitones.

Si cedo a sus constantes negaciones
y creo que mi idea es incompleta,
moriré en ti, como alma ya sujeta
a sus cambiantes y ciegas pasiones.

Mira este hierro antiguo y oxidado.
¿Sabes qué es? Es envidia contenida;
es la cobarde huida de la vida;
es el rencor que llevo acumulado.

Tomo el martillo. El hierro antiguo canta.
Coloco el clavo en taladrada mano,
tembloroso por el gesto inhumano,
y el primer golpe el aire desencanta.

Te clavo todo aquello que he sufrido.
No a tu imagen —y ¡mírame a la cara! —;
a la dura mano que en vida avara
me abrió la carne a golpes sin sentido.

Cada martillazo es mundo que te odia;
es la traición que damos al hermano;
es el placer pequeño y cotidiano;
es la zancadilla vil y sórdida.

¿Duele? ¡Que duela! Vibre tu costado.
Cada golpe es el mundo que te hiere.
No es mi vil venganza, ¡no!; es el pecado
de quien su culpa en ti descargar quiere.

¿Duele? ¡Que duela! Tiembla tu madera.
Que el golpe vibre en todo tu costado;
es el clamor del mundo acumulado.
No es mi venganza sola la que impera.

Te crucifican hoy con mi martillo,
porque no quieren verse responsables.
Te culpan a ti, eterno y sencillo,
para seguir tranquilos y culpables.

No es mi revancha: es un clamor humano;
es mundo que su culpa te levanta
y que en tu imagen la vuelca y quebranta,
para no verse a sí mismo inhumano.

A ver, colócame aquí la otra mano;
con este clavo yo la he de traspasar,
para que ya no te puedas desplazar
y te retuerzas como hace un gusano.

Te culpan porque es fácil señalarte.
Te clavan para no reconocerse.
Te observan sin responsabilizarse
del mal que eligen todos al odiarte.

Cada impacto retumba en mi conciencia;
no en tu madera fría y perforada,

sino en mi fe, tan frágil y cansada,
que exige una respuesta, una presencia.

Te odié por tu callada indiferencia,
por cada súplica no contestada,
por cada noche en que mi voz quebrada
no obtuvo más que muda transparencia.

Yo te contaba todo, como amigo;
tú escuchabas, severo y silencioso,
envuelto en Tu misterio sospechoso.
Pedí una voz, un mínimo testigo.

Te hablé de golpes, miedo y de vergüenza.
Te di mi fe desnuda, como un niño.
Mas callaste mi ruego más sencillo,
siempre severo, inmóvil en tu ausencia.

Me confesé en mis noches más inciertas.
Una palabra, un mínimo consuelo,
y tú me devolvías sólo hielo.
Yo sólo pedía una voz. ¿Lo recuerdas?

Te di mi fe como quien da la vida.
Te conté todo. Fui niño asustado.
Y tú, de yeso hermoso y bien tallado,
callaste ante mi súplica encendida.

Yo sí recuerdo. Me arde como sodio;
me quema más que espina que se traga
hasta ser una tormentosa llaga.
¿Me odias? No, no sabes lo que es el odio.

Rompe este yeso. Incendia este sosiego.
Nadie más que yo podría escucharte.
Haz que no sea inútil coronarte.
Háblame. Sólo una vez. Te lo ruego.

Nada. Sólo el taller y mi suspiro.
Tú en la cruz. Yo aquí abajo, derrotado.
Y sigo siendo yo el crucificado.
¡Sí! Te he crucificado en mi delirio.

Mas no te inquietes, que aun no he acabado;
necesito clavarte también los pies,
para que no me des algún puntapié
al levantarte estando así clavado.

Te hundo en la cruz y dentro de mi pecho.
Ahora te fijo al leño, lentamente.
Cada golpe resuena en mi presente
como un “no” que me deja insatisfecho.

Quiero matar tu idea. Ser un hombre.
No santo, no visionario, no mártir,
y no volver a enloquecer por no oír.
Quiero arrancar tu sombra de mi nombre.

¡Los mártires son locos que desean
morir por verte arder en su mirada!
No quiero más locura consagrada.
Yo ya crucé esas fiebres que me cercan.

¿Tan egoísta eres? ¿Tan inaccesible?
Si tu rostro es espejo de mi cara,

para que tu silencio se quebrara,
me faltaría un soplo imperceptible.

No te pedí riquezas ni victoria;
mas me negaste el mínimo milagro
de no tratarme como a un guijarro,
hablándole a la nada de su historia.

Nada. Ni un gesto leve y compasivo.
Me vi en tu rostro, idéntico y penoso,
cual triste retrato de un ser quejoso,
espejo inmóvil, cruel y pensativo.

¿He malgastado vida y sufrimiento
por una quimera muda y distante?
¡Responde! ¡Grita por un solo instante!
¡Rompe este silencio con tu lamento!

Mas sólo el eco vuelve, macilento.
Eres figura, imagen expectante;
y yo, artesano loco y vacilante,
me crucifico en ti a cada momento.

Golpe tras golpe el pie queda fijado,
salta la pintura con mi esperanza,
y quedas desnudo ante mi venganza.
Tu cuerpo queda rígido, arqueado.

Eres tan real que espero un quejido.
Tan parecido a mí, que me estremeces
como si nunca oyera lo que ofreces,
pero te quedas mudo y suspendido.

Falta el costado. ¡Sí! La herida abierta.
Como la mía, vieja y nunca limpia.
Que el mundo beba culpa en su malicia;
que brote agua y sangre por la grieta.

Que salga todo. Que derrames todo.
Bautiza al mundo con tu nuevo daño.
Que sepa cuánto amarga el desengaño;
que pruebe hiel y vinagre en su lodo.

Porque eres carne mía, lo confieso.
Al herirte, yo me atravieso entero,
porque al modelarte asumí el sendero
de cargar con tu cruz y con tu peso.

Mañana irás al templo separado.
Te mirarán con ojos admirados,
sin ver mis nervios rotos y sangrados.
Ellos dirán: “¡Qué Cristo más logrado!

Lo han realizado con gran realismo”.
Verán tu gesto grave y desgarrado.
Nunca imaginarán lo que ha costado,
y lo llamarán arte o misticismo.

Llamarán arte a lágrimas saladas,
que son conciencia humana que envenena.
Verán tus piernas combadas con pena
y esas manos tan tensas y crispadas.

No verán que tu cruz es su egoísmo;
que esos dos leños son sus divisiones;

que cada veta es odio y es cinismo;
que en cada clavo laten sus traiciones.

Mi rostro será el tuyo en el madero.
Mi nombre quedará bajo la piedra
que, con odio, sus almas enrarece.
Tu cruz será mi símbolo sincero.

Olvidarán que en cada veta oscura
hay mucho egoísmo, envidia y cobardía,
clavada al prójimo día tras día;
que cada clavo es su propia tortura.

Dirán que es Cristo. No dirán mi nombre.
Representarás un dolor intenso;
mi verdad se diluirá en el incienso;
mi dolor quedará fuera del hombre.

Y, quizás, un día yo también lo crea:
que todo fue delirio desmedido;
que todo fue dolor enloquecido;
y que no hubo herida, fe ni tarea.

Si cedo a eso, muero aquí contigo.
Seré tu estatua de piedra y silencio,
y besaré la nada por incienso.
Perderé lo que soy, lo que persigo.

Haz que no sea inútil esta vida;
que no sea yo quien aquí perezca;
que tu voz rompa el yeso y aparezca.
¡Háblame una vez! ¡Sal de tu guarida!

Quizás, al final, ni tú ni yo existimos
fuera de esta obsesión que nos devora;
quizá la cruz que alzamos a deshora
sea el cruce fatal que no advertimos.

Si el mundo sigue ciego, como vemos,
y olvida ese fondo mientras te adora,
mi obra será ceniza y será escoria,
y en ceguera eterna persistiremos.

EL PESCADOR

Revisa los anzuelos con solemne destreza;
prepara los señuelos con su brillo tentador;
guarda gusanos vivos con un gesto soñador;
y afila cada nudo con grave fortaleza.

Se ajusta el pantalón de hule con terca firmeza;
las botas hasta el muslo le prometen protección;
palpa el sedal, lo tensa, verifica su tensión;
y carga con la caña como arma de nobleza.

La nasa cuelga al hombro, vacía de riqueza;
se dirige hacia el secreto ribazo del rumor,
donde el río se adensa con un hondo resplandor,
como un templo de agua velado entre la maleza.

Se detiene un instante con honda gentileza;
recuerda viejas voces de un antiguo pescador;
la mano de su padre marcando la dirección;
y un eco de su infancia le roza la cabeza.

Lanza el sedal al aire con épica destreza;
el plomo hiende el agua con seco chapoteo;
el hilo canta tenso su claro parpadeo;
y clava el firme apoyo con gesto de firmeza.

Coloca firme la caña con sobria entereza;
despliega el banquillo de vieja tela sin color;
enciende un cigarrillo con un lento resplandor
y el humo asciende al cielo con triste ligereza.

El río corre manso, murmura con pereza;
sus ojos van perdiéndose en un íntimo temblor;
el tiempo se diluye sin prisa, con estupor;
y el mundo se hace mínimo bajo la corteza.

De pronto, la caña se curva con gran violencia;
el flotador se hunde en una brusca sacudida;
el hilo vibra tenso prometiendo la vida;
retumba el pulso, marcando con terca insistencia.

Empuña firme la caña con honda entereza:
con una mano afirma la curva del acero;
con la otra, gira el torno constante y verdadero,
y siente que en su sangre despierta la grandeza.

El sedal vibra ardiente reclamando presteza;
recoge el húmedo hilo con pulso decidido;

y el carrete gira con el loco recorrido
que su manivela le marca con gran destreza.

Asoma entre las aguas el pez en su fiereza;
platea su batalla con un último fulgor
breve; boquea en el aire en busca de su clamor,
mientras tiembla la orilla rendida a su belleza.

Lo alza con gesto grave, sin rastro de torpeza;
le libra del anzuelo con pulso dominador;
y al fin lo guarda en la nasa, vibrando en su interior
como un trofeo vivo guardado en la aspereza.

Cierra el ancho cestillo de mimbre con su presa;
renueva pronto el cebo con mano previsor,
repitiendo el ritual que al pescador enamora,
mientras la tarde inclina su luz sobre la dehesa.

Así colma la nasa de fértil abundancia,
hasta que su peso anuncia cumplida la labor;
entonces, pliega el mundo con un gesto soñador
y recoge su sedal con dulce vigilancia.

Revisa las capturas paciente y silencioso,
y acomoda en la cesta su brillo plateado;
desarma ya la caña, dejándola a su lado,
y recoge el banquillo con gesto cuidadoso.

Se cuelga al hombro el peso vibrante de la pesca;
sonríe satisfecho y observa el cauce umbrío;
atento, escucha cómo suena el rumor del río,
y regresa a su casa con paso que no cesa.

CONFESIÓN DE UNA CASA DE JENGIBRE

En vitrina de luz fui contemplada,
orgullo de canela reluciente,
con muros que crujían dulcemente,
de blanca y leve nieve coronada.

Un ensueño de casita horneada,
con clavo y miel latiendo transparente,
lucía el glaseado refulgente,
como si fuese reina perfumada.

Con muros en dulce pan de jengibre;
mis vidrios, caramelo sonrosado
con rojos visillos tiernos de rubí,
lucía orgullosa en luz encendida.

Mis goznes, de nata fiel y apacible,
crujían con orgullo azucarado;
y un sol, que me bendecía desde allí,
refulgía en mi tejado perlado.

Con la nata como nieve soñada;
las torres, caramelo transparente;
y luz besando el glaseado ardiente,
que, clara, en cada almena se posaba.

Me alzaba ante miradas seductoras,
entorchada con dulce confitura,

creyéndome invencible en mi blancura,
eterna entre las risas tentadoras.

Guardaba en miel mis formas protectoras,
detalles, monumento en miniatura,
pensando que mi frágil hermosura
vencería bocas devoradoras.

Llegó una niña, pura primavera;
me alzó como quien toma un universo;
latí bajo su pulso leve y terso
soñando con ser casa verdadera.

Me observó, miró y admiró risueña,
como quien halla un reino en miniatura,
y alzó la voz con fingida ternura:
“¡Será mi hogar!”, murmuró la pequeña.

“Qué dulce fortaleza y qué hermosura”;
me habló de juegos, risas y villanos,
y que jugaríamos como hermanos.
“Serás mi hogar”, me dijo con dulzura.

“¡Ved mi casa!”, su voz fue luz primera.
“¡Qué torre tan nevada y presumida!”.
Y yo, de vanidad estremecida,
pensé que no sería nunca hoguera.

Me creí que nunca sería comida;
que siempre sería una soberana
y admirarían cual pieza artesana,
dulce de miel y canela fundida.

Guardé su risa leve en mis paredes,
crujientes como abrazos protectores;
tejí con miel dorada mis labores
de almenas, arcos, luces y mercedes.

Creí que era invencible entre las redes
de azúcar y festivos resplandores.
Pensé: seré refugio de colores,
eterno hogar que el tiempo no remede.

Mas vino el tiempo breve del banquete:
la mesa fue altar tibio y compartido;
un quiebre seco, hondo y estremecido;
niños en torno en mágica armonía.

Y, como postre, después del banquete,
la mesa se abrió en su geometría;
los platos aguardaban su alegría;
y el brillo del cuchillo fue jinete.

Primero fue un crujido en mi costado,
un golpe seco, hondo e inevitable;
mi torre, tan altiva y admirable,
cedió como un suspiro quebrantado.

Y muy pronto nada quedó amarrado:
la almena se quebró como suspiro;
sentí partirse en seco mi retiro;
y el muro deslizarse derramado.

Después, cayó mi techo azucarado;
la nata se rindió, suave y amable;

mi puerta fue bocado deleitable;
y el muro en mil migajas desfoliado.

Se rompió mi dulce pared vencida;
la nata fue en cucharas deshojada;
la entrada de carmín despedazada;
la puerta en mazapán quedó partida.

¡Cómo dolía cada despedida!
Sentía que arrancaban mi blancura,
que el filo me robaba la figura
que tanto presumí recién erguida.

¡Cómo dolía el dulce desmembrarme!
Sentí que rompían mi arquitectura,
que el filo destrozaba la blancura
que tanto me enseñaron a alabarme.

Pero vi sus ojos llenos de calor;
la risa compartida en torno mío;
la tibia comunión; el desafío
de transformarme en deseado sabor.

Entonces, comprendí, ya repartida,
que nunca fui palacio permanente;
mi gloria no era erguirme altivamente,
sino volverme abrazo en cada vida.

Me fueron destruyendo, convertida
en gesto compartido y transparente;
mi ruina fue banquete floreciente;
mi fin, semilla dulce y encendida.

Yo no soy ceniza fría en el mantel:
soy canela en la risa que perdura;
soy casa que al romperse se asegura
vivir más honda en cada trozo fiel.

Así acabé, crujiente y entregada
en dulce sacrificio cristalino.
Mi ruina fue el comienzo del camino
de amor que se comparte y no se guarda.

Y al fin supe, en mi forma ya vencida,
que el tiempo no destruye lo que se ama:
quien se reparte en luz, nunca se apaga,
pues vive en cada boca compartida.

EL REMORDIMIENTO

Por terroríficos recovecos en mi mente,
me devoran los recuerdos y muerden mi pesar;
confunden mi cerebro sin dejarlo descansar
e incuban sus terrores hasta hacerme un demente.

Galopan por mi mente con sangrientos recuerdos;
me hieren y laceran para que nunca olvide;
los retuercen hasta conseguir que nada quede,
mientras gritan en mi conciencia sus desacuerdos.

Veó su sangre vertida sobre el suelo frío;
late en mi conciencia con golpes de un eco ardiente.
Suspica, aparto la mirada de la gente,
y creo que el aire finge un silencio sombrío.

Su espesa sangre no hace costra en el mármol mudo;
su sombra me persigue con su aliento sombrío,
se clava en mi memoria como un hierro tardío
y escribe en mi conciencia su mandato desnudo.

No desaparece de mi retorcida mente;
su mancha reverbera con fulgor ominoso,
se expande por mis nervios como un humo verdoso,
y dicta en mi conciencia su mandato insistente.

No quise ley ni juez, ni tribunal iracundo;
me evadí de cualquier sentencia y su frío estío;
cerré todas las puertas al humano gentío,
mas dentro de mi pecho se alzó mi propio mundo.

No temo ni a los jueces ni al presidio inminente;
temo al murmullo interno, pertinaz y rabioso,
que roe mi razón con un diente venenoso
y siembra en cada idea su semilla doliente.

Me absuelvo ante el espejo con doctrina torcida;
quiero justificar la violencia ejecutada;
proclamo que mi mano fue instrumento de nada,
mientras late en mi pecho la verdad homicida.

No pago ante los hombres mi crimen cometido;
me absuelvo con sofismas de razón delirante;

me cubro con excusas de perfil arrogante,
mientras tiembla en mis venas el pulso del vencido.

Me encamino por largos pasillos de fe oscura
para encontrar alguna disculpa vil e impura,
que calme mis pensamientos de forma segura,
mientras el pulso tiembla en mi noche de locura.

Camino entre la gente como sombra extranjera;
me cubro con un gesto de aparente cordura,
pero vibra en mis pupilas una fiebre oscura,
que delata en silencio mi interior calavera.

El pesar me corona con su hierro y enredo,
y dicta cada paso en mi oscuro pensamiento,
que roe mis entrañas con fiero sentimiento;
y veo cómo en cada rostro renace el miedo.

Desde entonces, la fiebre me corona la frente;
deliro redenciones que no llegarán jamás;
imagino absoluciones que se rompen detrás;
y un coro de susurros me declara demente.

Sospecho del amigo que me ofrece consuelo;
presiento en cada palabra una trampa encubierta;
descubro en cada gesto una sentencia despierta;
y tiemblo ante la sombra que se cierne en su cielo.

Evito las miradas que preguntan calladas;
descifro en cada gesto una acusación sombría;
adivino en cada abrazo una traición impía;
y huyo de las voces que me consultan airadas.

Evito los saludos y cualquier charla trivial;
descifro acusaciones en miradas ajenas;
escucho en cada risa resonancias obscenas;
y presiento que me escruta un tribunal espectral.

Cautivo en la penumbra de mi celda sin piedad,
trazo profundos laberintos en el delirio,
que crece como la negra hiedra en mi martirio,
mientras mi sombra pacta con esta honda soledad.

El llanto me desborda, cual río caudaloso,
y me anuncia en cada sombra una viva tragedia,
que se graba sobre mi pecho, la mente asedia
y firma mi destino en un pacto doloroso.

La culpa roe lento, como ácido encendido;
no duerme ni descansa ni concede reposo;
me susurra en los oídos un salmo tenebroso;
y deja mi corazón rígido y malherido.

No es un huésped amigo, sino dueño tirano;
se apropia del pensamiento en dominio sombrío;
transforma cada impulso en un presagio tardío;
y escribe en cada pulso su designio inhumano.

Mi habitación es cripta de respiración lenta;
el aire se coagula con densidad viscosa;
la lámpara proyecta una mueca pavorosa;
y el techo se desploma en amenaza violenta.

La pesadumbre crece como hiedra maldita,
se enrosca en las arterias del juicio y la memoria,

devora los cimientos secretos de mi historia,
y me deja la esperanza desnuda y proscrita.

Mi alcoba es un abismo de paredes cerradas;
allí crecen espectros de figura doliente,
que laten en murmullo que no calla en mi mente;
y el aire se hace espeso con presencias heladas.

No duermo sin que un grito me atravesase el oído;
no sueño sin que un rostro me contemple sangrante;
vivo por y para oír el latido punzante
de un nombre que resuena con metal oxidado.

La noche me visita con su lámpara mustia;
derrama en las paredes figuras palpitantes,
que avanzan hacia el lecho con perfiles cortantes
y me dejan el aire con un sabor de angustia.

Recuerdo aquella noche de latido violento:
la lámpara temblaba con su luz mortecina;
la sangre dibujaba su rúbrica asesina;
y el tiempo se partía bajo un golpe sangriento.

Al mirarme en el espejo desconozco el rostro;
sus ojos son cavernas de negrura y recelo,
reflejan un infierno sin promesa de cielo,
y acusan en silencio la verdad del monstruo.

No existe ya descanso ni tregua compasiva;
la culpa se apropia del centro del pensamiento,
dirige cada impulso, gobierna cada aliento
y marca con su sello mi conciencia cautiva.

Me remuerde el instante de latido quebrado;
la sangre abriendo surcos sobre el suelo callado;
la vida deslizándose en silencio sagrado;
y el mundo partido bajo el golpe ejecutado.

Debería entregarme al hierro de ley severa;
sentir sobre mis hombros el peso de la culpa;
romper esta muralla que mi orgullo sepulta;
mas huyo de la plaza como una bestia artera.

Me digo que fue justo, necesario y preciso;
me nombro redentor de una causa retorcida;
mas tiembla en mi discurso la palabra homicida,
y el alma se me agrieta bajo un peso indeciso.

El crimen no fue un acto, sino grieta profunda;
abrió dentro del pecho una caverna sombría;
derramó por mis nervios una fiebre tardía
y, desde entonces, todo mi horizonte se inunda.

Quisiera confesarme, desgarrarme en la plaza,
dejar que el castigo me fracture y me redima,
sentir que una sentencia mi delirio sublima,
mas huyo de la ley como animal que se caza.

Prefiero este tormento sin verdugo visible,
este incendio secreto que consume mis días,
esta lluvia de lúgubres, torvas, letanías,
que el hierro de una cárcel tan tangible y temible.

Pero todo se desborda y la razón se astilla;
la culpa se desata con furor desmedido,

deja mi cerebro derrotado y deprimido,
y oprime mi garganta con su garra amarilla.

No sé si me ahogo o si es el aire quien me asfixia,
si el suelo bajo el paso permanece o se inclina,
si el pulso que late todavía me domina,
o soy ya una ruina que en sí misma no se inicia.

Las paredes murmuran con idioma secreto;
la sangre se aparece con frescura reciente;
la víctima camina con mirada doliente
y extiende hacia mi pecho su señal de decreto.

No hay dios en el silencio que me queme la herida;
no hay cielo que reciba mi tardío lamento;
sólo un pozo sin fondo para mi pensamiento
y un eco que repite mi sentencia incumplida.

El miedo se derrama como aceite encendido,
resbala entre mis manos con un viscoso temblor;
me penetra en cada fibra con eléctrico horror
y deja el corazón rígido y ennegrecido.

Ya no huyo de la gente, sólo huyo de mí mismo;
mi sombra me persigue con cuchillo invisible,
me llama por mi nombre con acento terrible
y abre el suelo bajo mis pies en súbito abismo.

Ya no soy el que fui antes de aquel rojo instante;
soy huésped de un delirio que me nombra culpable;
soy reo de un latido perpetuo e implacable,
que dicta en cada pulso su sentencia constante.

La sangre no reclama tribunales humanos,
reclama mi cordura hasta el último vestigio,
reclama que me hunda sin dejar mi testimonio,
y cierre con mi ruina sus designios arcanos.

Y así me voy quebrando sin cadenas ni grito,
condenado a un teatro de visiones sangrientas,
donde el alma se rompe con fracturas violentas,
hasta ser polvo, sin su memoria ni delito.

LA TUNA

Bajo el balcón suspira la bandurria;
la tuna afina el pulso en la plazuela;
luce la capa negra con su estela,
con largas cintas que la brisa amurria.

El pandereta en piruetas desbarra,
con vueltas y saltos de ágil escuela;
se marca redobles, finge que vuela,
y en cada giro la tuna desgarra.

Uno adelanta el paso, firme, erguido,
solista en voz que al cielo se encarama;
responde el coro en múltiple latido.

Se abre la reja, asoma quien los llama;
mejor escucha el ruego ya ofrecido
y, con flor, les consagra su proclama.

EL PROFETA VAGABUNDO

Comentario inicial:

*“Enferman muchos y desaparecen
sin acta, tumba ni memoria;
la fiebre borra su historia
y pocos nombres permanecen.*

*Si mueren, nadie los reclama;
la muerte borra la identidad,
no existe acta, tumba ni piedad,
sólo silencio y una llama”.*

Poema:

Vestía saco carcomido,
rostro cuarteado por hielo,
arrastrando gris desconsuelo
sobre su corazón vencido.

Apenas un saco desvaído,
en rostro surcado de bruma,
cargando el mundo como espuma
sobre su pecho envejecido.

Harapos de viejo profeta,
sin techo, solo y errabundo,
perdió trabajo, honor y mundo,
y se alzó con fiebre secreta.

Fue un ingeniero respetado,
mas pasó del límite de edad
y lo despidió la sociedad
como cualquier mueble gastado.

Fue técnico muy instruido,
pero superó el medio siglo;
cerraron su oficio en sigilo
y el paro fue su único nido.

Durmió bajo arcos de cemento,
con más náufragos del invierno,
hermanos rotos del infierno,
que alzaron su hogar contra el viento.

Armó su guarida escondida
con lonas sucias y un alambre
y algún tablón perdido en hambre,
que tapó la lluvia y su herida.

Montó una chabola indecente,
con otros náufragos del vino,
y escuchó crujir su destino
bajo aquella bóveda ausente.

Unidos, para protegerse
si las bandas iban a herirlos,

velaron turnos sin dormirlos
y que nadie los despojase.

Se defendían del abuso,
de las redadas y desprecio;
mas la ley bajó con su precio
sobre cada grupo confuso.

En cada parque lastimado
con tablas, lonas y cordeles,
compartió su vino y doseles
con perro flaco y desdentado.

Plantó su tienda en los baldíos,
junto a columpios herrumbrosos;
mezcló sus restos asquerosos
con ensueños sucios y fríos.

Oliendo a orín, sudor, vino,
impregnado en ropa y calzado,
la noche masticó su modo
de resistir al torvo sino.

Convivió con yonquis febriles,
con la aguja hundida en la vena;
compartió el humo y su condena
entre unos delirios hostiles.

En los comedores sociales
se empujaban por un mendrugo,
gruñendo la fila, sin yugo,
con ojos casi de animales.

Si alguna mujer se perdía
entre la mugre y los andrajos,
brotaban torpes sobresaltos bajos
en la penumbra turbia y fría.

Entre ellos vivía una mujer
gruesa, gastada, sin sonrisa;
deseada con ansia y prisa,
como cuchillada en su querer.

Ebrios buscaron su cintura,
trocando halagos por cerveza;
mas se resistió con fiereza
y lloró a solas su amargura.

Robaron el pan y moneda;
se disputaron cada sopa
forzando a la vieja haraposa
con dignidad rota en la prueba.

Discutiendo en albergue social
por manta rota y por colillas,
la dignidad era una astilla
sobre la cama vieja y vital.

Robaban manta y cigarrillo
quitándose cuanto proceda;
una ley que en el frío enreda
todo principio más sencillo.

En metro tendió su sombrero,
recibió insultos y desprecio

mientras huía el traje necio
con un gesto de asco altanero.

Le arrebataron las ganancias
de una forma muy humillante,
y con risa cruel y punzante
cayó sobre sus arrogancias.

“Apestas”, gritó un caballero;
un joven se rio con sorna;
pues la miseria desentona
bajo el neón del pasajero.

Predijo la ruina a naciones,
bajo sombra gris invasora,
y la llama devastadora
ardiendo en sus viejas visiones.

Anunció plagas y portentos,
cometas rojos y la ruina;
la multitud se hizo una espina
ante sus grandes aspavientos.

Habló de climas incendiarios
con voz quebrada por los vientos;
del futuro con sufrimientos
que escupen rostros rutinarios.

Relató el final de los siglos
con un fuego azul descendiendo;
la gente lo escuchaba riendo
burlándose de sus designios.

Iba anunciando cataclismos,
la invasión gris alienígena,
la segunda venida ígnea
y el fin total de los abismos.

Paraba a todos en la acera
con un trueno premonitorio,
con gran ardor acusatorio,
mientras se iban a la carrera.

Paró transeúntes en calle
con un tono grave y sombrío;
ardió con su verbo bravío
mientras huían sin detalle.

Lo dieron pronto por demente,
se rieron de su voz sombría
como quien oye letanía
de un pobre loco e indigente.

Mas un día habló de la suerte
de un rico impuro y delincuente,
corrupto, infame y prepotente,
marcado ya por honda muerte.

Vaticinó al rico corruptor,
de manos sucias de codicia,
de alma enferma por avaricia,
cegado en un falso resplandor.

Dijo que hallaba su caída
no en carne, sino en la conciencia,

porque su dorada opulencia
yacía muerta y corrompida.

Se murió el magnate en su mansión,
fulminado entre los cristales;
temblaron bolsas y canales
en una súbita conmoción.

El magnate fue fulminado,
no en alma, sino en carne fría,
y el vulgo habló de profecía
de aquel vagabundo llagado.

Los medios, con gran ironía,
lo llamaron fraude oportuno,
crucificando ayuno bruto
con tinta fría y cobardía.

Lo dijeron los noticiarios,
alzaron su nombre en el viento;
de aquel puente y foco sangriento,
saltó a los comentarios diarios.

Los medios, con gesto severo,
crucifican en titulares:
lo llaman farsa en sus altares
de un periodismo justiciero.

Algunos lo alzarón vidente,
cual profeta urbano y maldito;
otros gritaron “es delito
contrario a la fe de la gente”.

Sentaron bajo reflectores,
le lavaron su faz mugrienta;
él buscó la cámara atenta
con sus ojos acusadores.

Llegaron trajes sonrientes,
con promesas de tribuna;
quisieron fama oportuna
sobre sus frases ardientes.

Políticos de faz sonriente
buscaron oro en su palabra,
comprar su voz, como se labra
un voto fácil y obediente.

Líderes buscaron su boca;
le ofrecieron techo y tribuna;
querían su verbo y fortuna,
comprar su fe como se troca.

Ofrecieron casa y salario,
si él alzaba su voz por ellos;
exigieron signos y sellos
en un pacto vil y arbitrario.

Él rechazó aquel oro infame,
prefirió vino y campamento;
regresó al grupo polvoriento
donde el desprecio no lo llame.

Rehusó todo el oro y el techo,
y volvió al arrabal sombrío;

prefirió su polvo y vacío
a ser la mascota de un hecho.

Mas él habló del espíritu;
de la podredumbre dorada;
de la audiencia ávida y airada;
y sólo buscó lo explícito.

Muy pronto cambiaron el tono
llamándolo fraude oportuno;
y crucificaron al “Bruno”
en cada estudio y micrófono.

Con columnas de tinta hiriente
clavaron su burla y veneno;
vendieron su opinión y estruendo
contra aquel mendigo insolente.

Retornó junto con su gente,
cartones, vino y una hoguera;
allí halló verdad verdadera
en un abrazo pestilente.

Ya no gritó en las avenidas;
calló sus visiones y llamas;
se curó en silencio sus llagas
entre las basuras y heridas.

No volvió a predicar movidas
ya sentado junto a los suyos,
compartiendo historias y orgullos
de vidas rotas y vencidas.

Acabó con vino barato
para dormirse sin memoria;
y ardió sobre su pobre historia
como una llama en arrebató.

Y fue apagándose en arrabal,
lejos del foco y la consigna,
con tos de sangre lenta y digna
sobre su colchón gris y mortal.

Poco a poco, su tos lo sangró
en un arrabal sin miradas;
las ratas cruzaban fachadas
y en el alba se desintegró.

Expectoraba sangre oscura
y la escupía sobre el suelo;
nadie registraba el desvelo
ni su agonía lenta y dura.

Tosió sangre con desconsuelo,
arropado en luna de lata;
nadie le llevó su contrata,
ni alivió su fiebre y desvelo.

Comprendió, al fin, que su mensaje
no era de la muerte corporal;
era por la ruina espiritual
del mundo preso en su engranaje.

Los suyos, ebrios y dolientes,
velaron su cuerpo gastado,

maloliente, triste y ajado,
hermanado con indigentes.

Murió en un solar olvidado,
sin acta, ni cruz o registro;
sólo el silencio sin ministro
veló por su cuerpo agotado.

Cayó sin cura ni testigo
sobre cartones enmohecidos;
sus compañeros, malheridos,
velaron con vino y abrigo.

Expiró sin púlpito o cuenta,
sin redención ni monumento,
dejando al viento su lamento
de vagabundo y de profeta.

Lo amortajaron con su manta,
como camaradas del frío,
y rezó un borracho sombrío
con voz cascada que quebranta.

Nadie erigió su monumento
ni grabó lápida solemne,
y la lluvia cayó perenne,
desluciendo su último aliento.

Ninguno erigió mausoleo,
ni altar, ni mármol reluciente;
sólo un abrazo pestilente
sellando su último deseo.

Y así terminó su advertencia,
entre unos cartones y olvido;
el mundo prosiguió dormido
sin escuchar a su conciencia.

Se esfumó como polvo en la era,
profeta sucio y marginado;
quien vio el abismo encarnado
y habló, aunque nadie lo creyera.

Así fue el final del profeta
maloliente, ebrio y marginado:
apocalipsis encarnado
en la ciudad que lo interpreta.

LA PALABRA

Mi palabra es voz en estos poemas;
voz desnuda que se puede tocar;
herida profunda ante los demás,
que por edad nadie quiere escuchar.
No escribo sabiduría extrema,
ni la negarán eternamente,
porque su razón a algunos quema,
y mi voz quedará permanente.

La palabra será dura o blanda,
según en el contexto que se haga;

para algunos es flor de lavanda
y a otros, quizá, no satisfaga.
Pero esa flor se amustia y ablanda
si se usa mucho como una daga,
en lisonja que a todos comanda,
o lágrimas que el ánimo apaga.

Difiere en la juventud y en la edad:
la una enardece, la otra cede;
mas nadie la oye ni tiene piedad.
Inflama, llora, ríe y procede,
pero para todos es nimiedad.
Se oye, pero ninguno la escucha.
Si es joven, porque no tiene edad,
y si es vieja, porque ya es escarcha.

Si yo gritara, ¿cruzaría el mar
ese grito grabado en mi herida?
¿Tocarían la sal de mi mirar
antes que el duelo apague mi vida?
Desconocía, preso del azar,
que el llanto nace al borde de caer
y las palabras, en mudo sangrar,
aprenden, al fin, a ser y a arder.

Habría umbral sin nombre ni simiente,
donde decir todo es permitido;
lo siento cercano y transparente,
aunque no conozca su sonido.
Donde el dolor se vuelva clemente
y el alma oiga lo que está latente.

No hay palabra o signo convincente
para seguir despierto y presente.

Toda flor se despide en su estación
y la edad renuncia a su certeza;
vivir es aceptar la mutación
como el que ama sin tener firmeza.
Hay un hechizo en cada iniciación,
que al irnos nos sostiene y libera;
la vida no hizo hogar ni posesión,
sino camino, pulso y frontera.

Partir es ley del hondo corazón:
quien no se va, queda en su condena.
Yo poco a poco pierdo mi razón
y pronto romperé esa cadena.
Mi palabra morirá en su visión,
aunque demuestre alegría o pena.
De joven, por demasiada ilusión;
de viejo, por exceso de pena.

ÍNDICE

Una voz en el vacío.....	7
Palabras que caen.....	9
Fábula de la gaviota y las normas.....	11
Fábula de la oveja y el lobo.....	18
Eco del vacío.....	25
Muerte infantil.....	26
Capitán pirata.....	31
El cautivo.....	38
El péndulo.....	44
Bonzo.....	51
El mendigo y el bebé.....	56
Luces de bohemia.....	67
Para mostrar indiferencia, decimos.....	73
Sendero de bueyes.....	74
El avaro.....	76
Diálogo con una tostada.....	79
La comunidad.....	89
Amor en un velatorio.....	96
Crónica al viento.....	100
Sueño del aprendiz de brujo.....	109

VOCES EN EL VACÍO

La segunda crucifixión.....	115
El pescador.....	128
Confesión de una casa de jengibre.....	131
El remordimiento.....	135
La tuna.....	142
El profeta vagabundo.....	143
La palabra.....	154

Nacido en Madrid en 1947, A. Montefer dice ser “imaginativo, introvertido, impulsivo y visceral” y se define como “un actor con mil caras en público y camaleón en cualquier situación”.

Como escritor, prefiere permanecer “confundido entre la masa”, para salvaguardar su intimidad y que sólo se conozca su obra, compuesta por una saga titulada EL MUNDO EL DESNUDO (*La semilla del odio, La siembra del odio, La germinación del odio y La cosecha del odio*), un auto sacramental, varias obras menores y otros seis poemarios: PIRUETAS POÉTICAS, MÁS PIRUETAS POÉTICAS, JUVENTUD Y VEJEZ, EMBRIAGUEZ POÉTICA, LUCES Y SOMBRAS y SUSURROS DEL ALMA.

Sobre este nuevo poemario, titulado VOCES EN EL VACÍO, el autor dice:

*Del vacío nace un grito maldito,
que rompe el cosmos con un juicio negro
contra el hombre miserable y proscrito,
que vive con su crueldad sin cerebro.*

*Surge para azotar con alarido astral,
que hiere el alma y quiebra lo dormido;
mas no exige ni fe, ni paz celestial;
es verbo con fuego, juicio encendido.*